ANTONIO PLAÑIOL

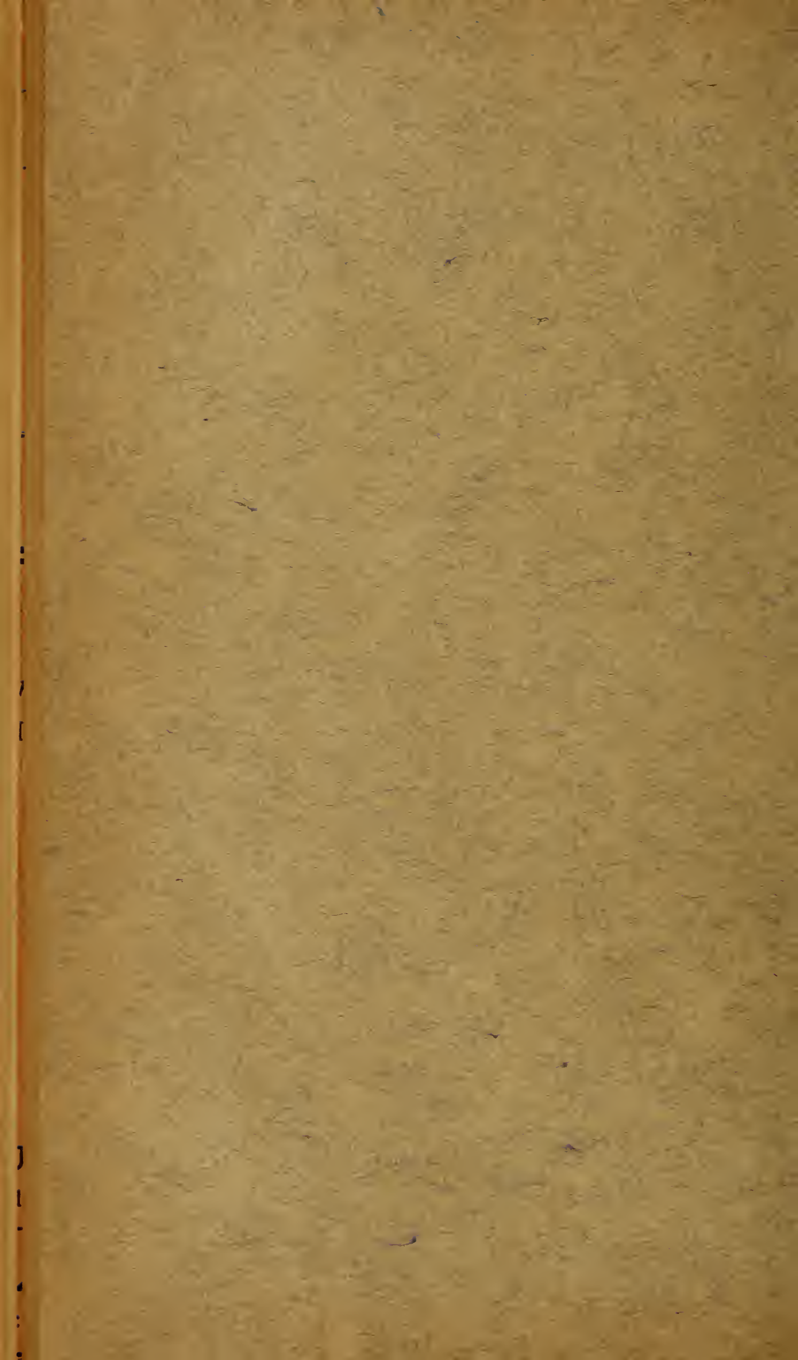
TODO CORAZÓN

JUGUETE COMICO

en tres actos y en prosa, original

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917



TODO CORAZÓN

TODO CORAZON

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO PLAÑIOL

Estrenado en el TEATRO CERVANTES la noche del 15 de Marzo de 1917



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.º

TELÉFONO, NÚMERO 551

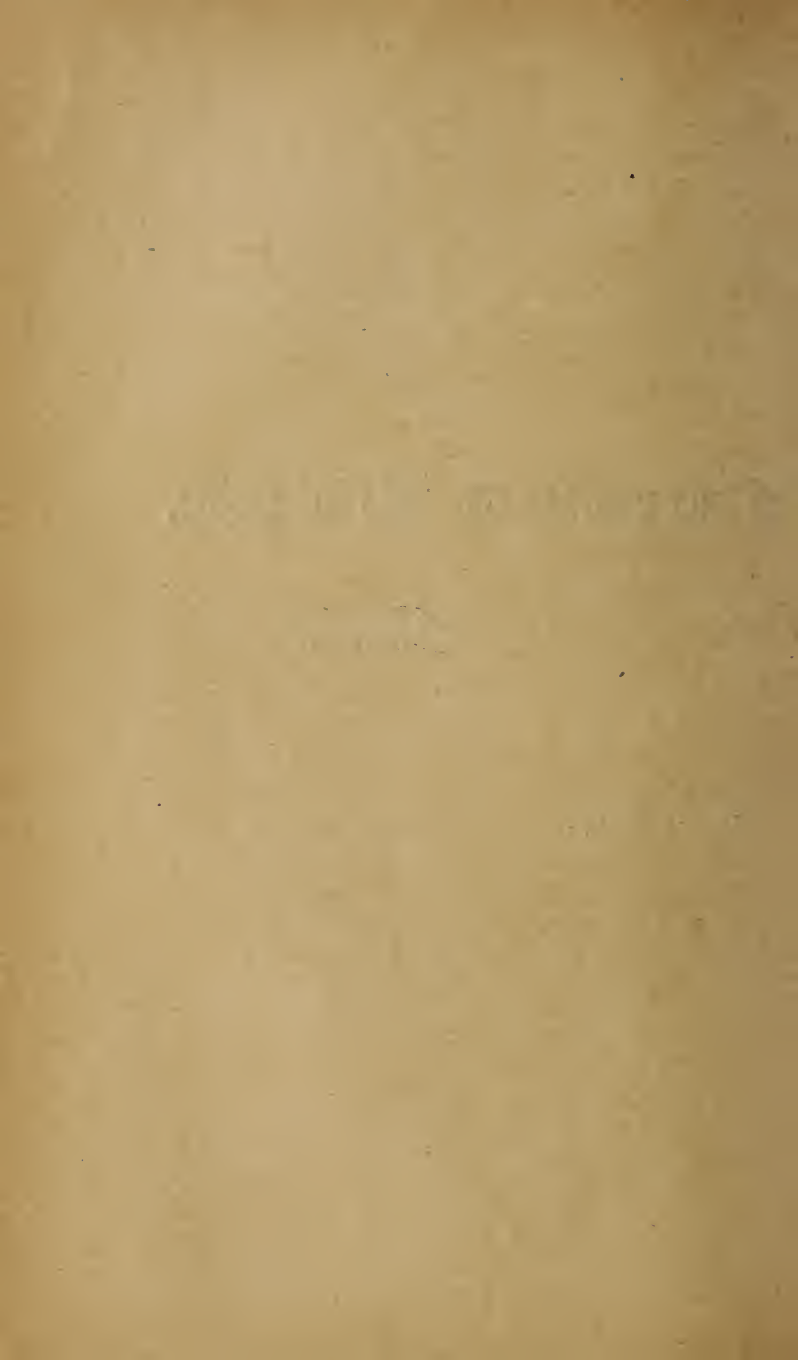
1917



A mis padres, con todo mi cariño,

Antonio.

15--3 -917.



Para Paco Alarcón.

Querido Paco: sería yo ingrato por todos conceptos si no te dedicara cuatro palabras en este libro.

El juguete cómico Todo corazón, *ha estado en la mayor parte de las direcciones, más o menos artísticas, de los teatros de Madrid, sin que haya merecido, en algunas, ni el honor de ser leído.*

Pero ha llegado a tu poder y lo has acogido con tanto cariño primero y luego con tanto entusiasmo, que a tí se debió que lo leyera la empresa y por fin a tí se ha debido exclusivamente que se estrene.

Llegado este momento del estreno tú has acertado tan plenamente en el Campanón, que de intérprete te has convertido en colaborador en el gran éxito, no solo poniendo tu gracia y tu talento sino, saliendo ante el público a defender al autor, cosa que, por acostumbrada en tí, no es menos digna de ser notada.

También quiero hacer constar aquí, el gran acierto de Ana Siria, tan excelente y graciosa actriz, así como no quiero dejar de dedicar un elogio al resto de los intérpretes.

Un abrazo muy fuerte, Paco, tan fuerte como el que nos dimos después de la ovación del mutis del primer acto.

Tuyo,

Antonio.

Hoy 15-Marzo-1917.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARGARITA	Ana de Siria.
AMALIA	Margarita Larrea.
LUDGARDA	Carmen Seco.
LEONOR	Laura Blasco.
LEA	Elena Monserrat.
SEÑORITA 1.ª	Dolores Larrea.
IDEM 2.ª	Angela Cantos.
UNA SEÑORA / DIONISIA	Manuela Solís.
LIBRADA	Angela Cantos.
ÇRUZ	María Montilla.
CAMPANON	Francisco Alarcón.
FRANCISCO QUINTANA	Antonio Torner.
GRACIANO	José Portillo.
BENITO	Lorenzo Velázquez.
SEÑOR ROSENDO	Pascual G. Rodrigo.
DOCTOR REBOLLO	Ventura V. Palencia.
VALENTÍN	Abelardo Infante.
SIMÓN	Juan Galán.
RODRIGO	Manuel Torres.
POLLO 1.º	Rafael Menéndez.
IDEM 2.º	Rafael Calvo.
CRIADO 1.º	Felipe Palma.
IDEM 2.º	Manuel Torres.
IDEM 3.º	Juan Galán.

ACTO PRIMERO

Un despacho amueblado y decorado con todo lujo. Puerta de cristales al foro que da paso al despacho de los pasantes, del cual se verán algunos detalles como mesas, estantes con papeles y libros con etiquetas numeradas. A la izquierda, puerta mampara que se supone da a la sala de espera, y en la derecha puertas que dan al interior de la casa. Sobre la mesa del despacho una botella con agua y dos copas, un aparato telefónico de los modernos, y en la pared, y junto a la mesa, otro aparato de los de telefonía privada. Aparatos de luz: uno pende del techo, otro sobre la mesa, ambos apagados. Librería con libros. Un sofá con dos butacas, todo de despacho, y algunas sillas de la misma clase. Es de día. La acción comienza en las primeras horas de la mañana. Un cuadro con una azada, una piedra y un martillo.

ESCENA PRIMERA

QUINTANA, GRACIANO, VALENTIN, DIONISIA, LIBRADA, CRUZ, SIMÓN y RODRIGO

Al levantarse el telón todos los personajes mencionados estarán colocados en la forma y uso de las diferentes partes que figuran en un juicio oral. El Fiscal estará representado por Simón. El tribunal por Dionisia, Librada y Cruz. Los jurados por Graciano, Rodrigo y Valentín. Todos escuchan atentamente a Quintana, que desde su mesa les dirige un discurso. Los criados tienen en sus manos los útiles propios de su trabajo matinal.

QUIN. (Que ya se encuentra en el uso de la palabra cuando se levanta el telón.) ... No; ese desgraciado que se sienta en el duro banquillo de los acusados

no es un criminal. Es cierto que del revólver que Robustiano Pérez tenía en la mano, humeante, cuando yacían en el suelo sin vida sus cinco víctimas, salieron los disparos que les causaron la muerte; pero, ¿quién os dice, señor presidente, (Dirigiéndose a Dionisia, que asiente con la cabeza.) señores jurados, (A Graciano, Rodrigo y Valentín.) señor Fiscal, (A Simón.) que no se le escaparon esos cinco tiros y fueron a dar casualmente a las cinco víctimas. (Pausa.) Robustiano Pérez, leemos en los antecedentes del sumario, tocaba el acordeón en sus ratos de ocio para entretener a su familia y convecinos. (Pausa y después con éxtasis.) ¿El acordeón? ¿No véis en esa artística afición de Robustiano su probada inocencia? Esa insistencia rayana en la manía de pedir durante la causa su acordeón querido, aun hoy mismo, cuando se le preguntó si tenía algo más que decir, ¿no podría ser que quisiera en estos momentos rendir un último y delicado tributo a sus víctimas, tocándoles una marcha fúnebre? (Pausa.) Voy a terminar: tened bien presente todo lo dicho cuando vayáis a dictar sentencia. Condenadle si honradamente creéis que lo merece... Condenadle, pero no sin oirle... tocar el acordeón. Y he terminado, señores. (Del grupo de los criados sale un ahogado sollozo, mientras se levantan.)

VAL. (Profundamente conmovido.) ¡Ese Robustiano es un santo! ¡Está bien claro!

SIMÓN (También conmovido.) ¡Un alma de Dios!

ROD. (Conmovido igualmente.) ¡Un infeliz!

DION. (Queriendo hablar e impidiéndoselo los sollozos.) Un des... un des... un des...

LIB. ¡Un desgraciao!

DION. (Siempre llorando.) ¡Un *desgenerao*!

LIB. ¡Ah!

CRUZ (A Dionisia.) ¡Y que lo diga usted!

LIB. ¡Un bendito!

DION. (Con los mismos sollozos.) ¡Un al... un al... un al...!

SIMÓN Sí, ¡un alma de Dios!

DION. (Llorando.) Un *alineao*.

CRUZ Y que lo diga usted.

QUIN. (Que estuvo observando con atención todo lo ocurrido). ¡Bien, que desalojen la sala! (Riéndose.)

GRAC. (Este personaje habla con marcado acento cordobés y cecea mucho) ¡Retirarse! (Van todos hacia la puerta, mientras dicen lo que sigue.)

VAL. ¡A ese le absuelven!

SIMÓN ¡Lo echan a la calle!

ROD. ¡Pero, que seguro!

DION. (Ya en la puerta y siempre con los sollozos.) No... no... no...

VAL. ¿Cómo que no?

SIMÓN ¿Qué dice?

DION. (A Quintana) No... faltaba más.

(Todos rien.)

CRUZ ¡Y que lo diga usted!

VAL. Sí, que lo diga usted. Porque no lo dice. ¡Camará con la perra!

(Salen todos. Cruz y Librada gimoteando y Dionisia llorando, como en toda la escena, por la derecha. Valentín por la mampara.)

ESCENA II

QUINTANA y GRACIANO.

QUIN. (A Graciano con petulancia, mientras van marchándose los criados.) ¿Has visto, Graciano?

GRAC. ¡Sí, señor Quintana!

QUIN. Este sistema de compulsar el alcance de mis defensas es un sabio sistema. ¡El Tribunal popular esculpa a Robustiano! ¿No lo dudarás?

GRAC. ¡Ay, señor Quintana, es que tiene usted un verbo que arrebata!

QUIN. (Con su acostumbrada petulancia.) ¡Que improviso, construyo airoso y emito fácil, nada más!

GRAC. Por algo le llaman a usted el ave canora.

QUIN. ¡Sobrenombres que da la popularidad!

GRAC. ¡Y qué ganas tengo yo que me llamen algo, don Francisco!

QUIN. ¡Ya te lo llamarán, descuida!

GRAC. No, si no es que yo tenga queja; pero mire usted, lo que me pasa es que cuando informo en Madrid, sin saber por qué, no con-

muevo. En cambio, en Córdoba, de donde soy nativo, feo está que yo lo diga, pero hacía llorar hasta a los civiles.

QUIN. Sí, aquí hasta ahora, la verdad es que no has tenido ningún éxito forense. Ayer precisamente vi al hermano de tu defendido por el delito de hurto, y está muy quejoso.

GRAC. ¿Que está quejoso?

QUIN. ¡Sí, Gracianito, sí!

GRAC. Pero si presenté al procesao como cleptómano, señor Quintana; si hice un informe brillante; si en párrafos sentidísimos dije que dejaba sola a una tía suya con tres sobrinos, el mayor de treinta y dos años y sin trabajo.

QUIN. Sí, sí; pero la verdad es que el Fiscal pedía dos meses, y después de tu informe le condenaron a dos años.

GRAC. ¿Y qué culpa tengo yo que en lo patético se me rían? Si ya le digo a usted que sin saber por qué, no conmuevo. ¡Ay, si yo cogiera un buen asunto! ¡Y eso sólo de usted depende y nada más que de usted!

QUIN. Descuida, que en cuanto pueda colmaré tus legítimos deseos. Así se lo he prometido en santos momentos de arrobo a tu hermana.

GRAC. ¡Ay!, se me olvidaba; aquí le traigo una carta de Amalia.

QUIN. (Cogiendo la carta. Después de una pausa, en la que figura leer.) Yo no sé qué cartas le escribiría Romeo a Julieta, ignoro a qué transportes caligráficos se entregarían Abelardo y Eloísa; pero dificulto que unos y otros escribieran tan amoroso y tan pasional. Bueno, gracias, y vete a llevar eso que te encargué.

GRAC. Sí, señor. (Medio mutis por la puerta de cristales.) Lo que yo quiero es que no se olvide usted de mí. Mire usted que llevo ocho años de relaciones y cuatro entrando en la casa, y un buen asunto me llevaría al tálamo.

QUIN. Descuida, que te tendré presente. (Mutis Graciano, foro derecha.)

ESCENA III

QUINTANA, VALENTÍN. Después LUDGARDA y BENITO

VAL. Señor.
QUIN. ¿Qué pasa?
VAL. El señor tiene público. ¿Hago pasar?
QUIN. Sí, que pase el primero.
(Valentín sale.)
LUD. (Entreabriendo la mampara dice:) ¿Hay licencia?
QUIN. Adelante.
LUD. (Al paño) Pasa, Benito.
(Ludgarda será una mujer guapa, vestida de oscuro, con la indumentaria propia de una mujer del pueblo. En sus palabras y su actitud se verá una estudiada tristeza.)
BEN. (Tipo de chulo madrileño, observándose en él el mismo fingido pesar) Buenos nos dé Dios.
LUD. (Echándose en brazos de Quintana, llorando.) ¡Ay, don Francisco de mi alma!
QUIN. Vamos, Ludgarda, vamos. (Consolándola.)
LUD. Es que usted no sabe lo que es estar va ya pa dos años y diez y ocho días sin la sombra de un hombre.
BEN. Y diez y nueve, que fué el 23 de Mayo, si la memoria no me es infiel.
LUD. ¡Pué que tengas razón!
BEN. Lo llevo al minuto.
LUD. (Presentando a Benito.) Benito Ballesta.
BEN. (Saludando a Quintana.) ¡Un servidor!
QUIN. Muchas gracias.
LUD. Un báculo.
BEN. ¡Vamos, calla!
LUD. Diga usted que sí.
BEN. Que praztico la caridaz y nada más.
QUIN. Bueno, sentarse. ¿Y qué os trae por aquí?
LUD. Pues Valerio, mi marido, que no pué olvidar que le debe a usté la vida...
QUIN. Bueno, bueno.
BEN. La vida, sí señor. Porque si le condenan a lo que pedía el fiscal, a estas horas le llevamos luto.
LUD. Pues le ha hecho a usté esta relojera pa que

vea que es agradecido y le ha puesto a usted las iniciales. (La saca de un papel.)

QUIN. ¡Muy amable! A ver, a ver.

LUD. Ahí tiene usté: F. K. o sea Francisco Quintana.

QUIN. ¿Cómo? Pero si Quintana es con Q.

LUD. ¿Sí?

QUIN. ¡Claro!

BEN. Eso le dará a usté idea de lo que estará sufriendo.

LUD. De todos modos, lo que hay que estimar es la intención. ¿No le parece a usté?

QUIN. Sí, su intención sería ponerlo con Q; eso seguramente.

LUD. Me dice en la carta que no le olvide usté y que a ver si pudiera usté trabajar pa que le cogiera algún indulto.

QUIN. Sí, mujer; si no le olvido.

LUD. (Llorando.) Porque, créame usted, don Francisco, que si no fuera por la miaja de eco que encuentro en Benito... (Señalándole.)

BEN. Mira, haz el favor de no aludirme que la cosa no merece...

LUD. Diga usté que sí, diga usté que sí.

BEN. Pero, señor ¿no los hay que socorren al desvalido, o contribuyen a la Gota de Leche, o están metidos en este o en aquel ropero? Pues un servidor sin asociarse, le da protección a una mujer abandoná y ejercita una obra de misericordia

LUD. Es que usté no sabe hasta qué punto lleva sus buenos sentimientos.

BEN. Ni falta que hace. Que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda y viceversa. ¿No le parece a usté?

QUIN. ¡Efectivamente!

BEN. Pues arza, vámonos, que no hay que ser pesaos.

QUIN. Vosotros no molestáis nunca. (Se pone de pie.)

LUD. Adiós, don Francisco, y que no me olvide usté lo de los indultos.

QUIN. Descuida. Y dale las gracias por el recuerdo cuando le escribas. (Medio mutis.)

LUD. Eso no vale ná.

BEN. (Le da la mano.) Benito Ballesta, un paño de lágrimas, un sostén.

QUIN. Gracias. (Salen Ludgarda y Benito.)
BEN Un filántropo. (Le coge del brazo.)
LOS DOS ¡Buenos días! (Mutis los dos.)

ESCENA IV

QUINTANA. Después VALENTIN y CAMPANON

QUIN. (Que se queda hojeando algunos papeles sentado ante su mesa, dice al oir voces dentro.) ¿Qué es eso?
VAL (Dentro.) ¡Le he dicho a usted que no se puede pasar!
QUIN. (Escuchando.) ¿Cómo?
CAM. Y yo te he dicho que te quites de enmedio. (Dentro también.)
VAL ¡Que no señor!... ¡Que no se pasa! (Aparecen en la puerta Valentín que trata de impedir la entrada a Campanón.)
CAM. ¡Te he dicho que te quites! (Da un empellón a Valentín y entrando se sienta en el sofá.)
VAL Señor, es que...
CAM. Haga usted el favor de decirle a ese animal quien soy yo, que no quería dejarme pasar.
QUIN. (A Valentín.) Es... Campanón.
CAM. ¿Lo has oído? ¡Campanón!
VAL. Señor, es que yo no sabía...
CAM. Pues ya lo sabes. Soy Campanón.
VAL. No, si ya no se me olvida.
QUIN. ¡Un amigo mío!
CAM. ¡Diga usted mejor un hermano!
QUIN. Un hermano mío.
VAL ¡Ah! ¿El señor es hermano del señor?
CAM. O su hijo, lo que quieras.
VAL ¡Ah! ¿El señor es padre del señor?
QUIN. ¡Sí, somos como de la familia!
CAM. (Levantándose y yendo a abrazar efusivamente a Quintana.) ¡Gracias, don Francisco! (Emocionado. Después de una pausa dice confidencialmente a Valentín.) ¡El señor sin mí, ná; yo sin el señor...! (Hace la indicación, poniéndose la mano en la garganta de que le hubieran ahorcado.)
QUIN. ¡No hablemos de eso!
CAM. Sí, sí; hablo, hablo. Este chico es nuevo en la casa y es menester que lo sepa. (Sigue hablando confidencialmente a Valentín.) Yo le diñé a

una. (Haciendo el movimiento de pinchar.) Y la espanzurré. Me pedían la corbata. (Por la horca.) El me defendió; yo fuí a la calle y él arriba. (Por Quintana. Pausa.) Desde aquel día fué el gran creminalista; lo dijeron todos los papeles. Yo aprendí a leer para leerlo y lo leí: ¡El gran creminalista! (Por Quintana.) ¡El que le toque al pelo de la ropa a ese hombre, está sentenciao! (Con petulancia.) Claro, que si no me da la gana de espanzurrar a aquella infeliz, a estas horas pué que a don Francisco no le hubieran mentao. Pero si hiciera falta para que le llamaran hoy más que creminalista que le diñara a otra, lo haría y santas Pascuas. Con un hombre así se pué hacer un delito descansamente.

QUIN. Te ciega la pasión. ¡Campanón, basta!

CAM. Es la pura verdad. Si hiciera falta...

QUIN ¡Gracias, Campanón!

CAM. ¡No las merece, don Francisco!

VAL. ¿Me puedo retirar?

QUIN. Sí.

CAM. Ya sabe quién soy...

VAL. Campanón, sí, señor.

CAM. El señor, sin mí, ná... Yo, sin el señor...

VAL. Sí. (Hace el movimiento de ahorcar que hizo Campanón al principio.)

CAM. Eso es. Te pués retirar. (Mutis Valentín.)

ESCENA V

CAMPANÓN y QUINTANA

CAM. (Después de una pausa, sonriendo.) Venía yo tan contento y ese gaznápiro me ha amargao...

QUIN. (Sin levantar cabeza de su trabajo.) ¡Eso no tiene importancia!

CAM. (Ingenuamente.) Es que ya sabe usted que soy como un chiquillo, y había subido los escalones de dos en dos para estar antes aquí y...

QUIN. (Trabajando.) ¿Pues qué pasa? ¿Tienes que darme alguna buena noticia?

CAM. (Tímidamente sonriendo.) ¡No, no es eso!

QUIN. (Igual.) ¿Entonces?

CAM. (Con más timidez e ingenuidad.) No, si va usted a mirar y no es ná. La buena voluntad y na más, don Francisco...

QUIN. (Poniendo alguna atención.) Pero ¿qué es?.,. ¿qué pasa?

CAM. Na, una débil prueba. (Saca un estuche del bolsisillo y lo deja sobre la mesa de Quintana.)

QUIN. (Levantando la cabeza y mirando el estuche) ¿Pero qué es eso?

CAM. No sé si le gustará a usted. (Con infantil alegría.)

QUIN (Que abre el estuche) ¿Una sortija?

CAM. (Sin dar importancia a lo que dice.) ¡Sí! Pero no vale ná. Como no se puede andar escogiendo para que no le vean a uno y le echen el guante...

QU'N. Pero... ¡Campanón!

CAM. *Acételo* usted como recuerdo del día que es hoy, que cumplo años y en la primera ocasión yo le aseguro a usted que procuraré traerle una cosa que valga más la pena.

QUIN. ¡De ninguna manera!

CAM. He visto un alfiler de corbata, con dos brillantes en la Carrera de San Jerónimo.

QUIN. ¿Pero estás loco? ¿Tú crees que yo me voy a poner una sortija robada?

CAM. ¿Me la desprecia usted? (Con tristeza.)

QUIN. No es desprecio... pero figúrate que me la ven y...

CAM. (Triste.) ¡Está bien! Traiga usted. (Coge el estuche.) La afano por usted, por ser el día que es hoy y usted no la *asceta*.

QUIN. Pero hombre, fíjate...

CAM. (Casi llorando.) No, si está bien... Así se premia una buena acción.

QUIN. Yo... te lo agradezco sabes, pero... es que...

CAM. Na se ha perdido... La devuelvo y santas pascuas.

QUIN. (Vivamente.) ¡No!... Eso es peor todavía!

CAM. ¡Yo pa qué la quiero!

QUIN. ¿Y será del mismo sitio que el reloj?

CAM. Del mismo. ¿No ve usted que es establecimiento de confianza.

QUIN. Entonces trae... Me lo pondré. (Resignado se lo pone.)

CAM. (Súbitamente.) Claro, hombre. No sabe usted la alegría que me da. Y el día de su santo,

le traigo a usted el alfiler de los dos brillantes.

QUIN. ¡No, eso no!

CAM. Usted me deja a mí.

QUIN. Ahora mismo no me la pongo porque me duele un poco la mano, pero en cuanto se me pase...

CAM. (Rápido.) ¿Que le duele a usted la mano?

QUIN. Sí, pero no es nada; no te preocupes.

CAM. No le quite usted importancia que un dolor no se sabe en lo que puede parar.

QUIN. Que te digo que no es nada, hombre

CAM. ¡Dios quiera!

QUIN. No hablemos más de eso.

CAM. Bueno. (Pausa. Mirando a la pared donde habrá un cuadro con un gran cuchillo, una azada y una piedra.) Ahí tiene usted el cuchillo, la azada, la piedra. ¡Los atributos de mi inocencia!

QUIN. (Resignado,) Bueno, hombre, bueno. Bueno, deja eso.

CAM. ¡Cumplo cuarenta y tres, don Francisco!

QUIN. Que cumplas muchos con salud, hombre.

CAM. Ya nos vamos haciendo viejos. Paece que fué ayer cuando desgracié a aquella y usted decía, haciendo llorar a tó el tribunal y a los juraos y hasta a un civil que le vi *enjuagarse* una lágrima. Paece que le estoy a usted oyendo. Ese desgraciao ha tenío una tía segunda monosmaniaca y a un primo de un sobrino de un tío suyo le daban acidentes. En ese desgraciao hay un irrremposable, hay una vístima, hay un enfermo, y acuérdese que cuando dijo usted hay un enfermo no se oía una mosca...

QUIN. Ya, ya me acuerdo.

CAM. Y yo tan bueno, no había tenido un mal constipao en toa mi vida.

QUIN. Bueno, bueno...

CAM. Voy pa dentro. Si quiere usted algo ahí estoy.

QUIN. ¡Bien!

CAM. Mire usted, don Francisco: yo soy tóo corazón y el hombre que no es agrádecío, no es bien nacío. (Aparte.) Qué poco me gusta el dolorcito ese. (Hace mutis puerta mampara.)

ESCENA VI

QUINTANA. Después SEÑOR ROSENDO

QUIN. Eso es verdad, sí señor, pero también hay otro refrán muy cierto que dice: «tanto quiso el diablo a sus hijos que les sacó los ojos y este Campanón parece mi papá. (Pausa durante la cual Quintana va a su mesa y se sienta en el sillón. En la puerta aparece en seguida el señor Rosendo, tipo de hombre de pueblo acomodado y dice, desde ella, respetuosamente.)

ROS. ¿Es con don Francisco Quintana con quien tengo el gusto de hablar?

QUIN. Para servirle. Pase usted.

ROS. (Sin moverse de la puerta.) ¿El gran creminalista más vulgarmente conocido por el padrino de los delincuentes honraos?

QUIN. Soy un cancerbero de la justicia y nada más.

ROS. ¡Es usted el defensor de la inocencia atropellá!

QUIN. Le ruego que suprima los adjetivos encomiásticos y pase.

ROS. (Pasando.) Con su permiso.

QUIN. Siéntese y diga lo que desea.

ROS. (Sentándose.) Pos venía y perdone usted si la cosa no merece...

QUIN. Hable.

ROS. Se trata de una minucia y no sé si usted quedrá, pero es que mi mujer se ha empeñao y...

QUIN. Hable sin rodeos.

ROS. Pues ná que mi Manolito, el pequeño, el más tontaina de los tres que tengo, la otra noche... Pué que lo haiga usté leído.

QUIN. ¿Pero el qué? (Impaciente.)

ROS. Ná, cosas de creaturas; que entró en cá del sacristán a coger unas onzas, que si decían, que si no decían que tenía guardás, y encaprichao con ellas, pues quiso cogerlas. El entró sin hacer ruido pa arramplarlas y ná más, pero mire usté por dónde, dió la repuñalera casualiá que se tropezó con un banco y al estrépito pos se dispertó el sacristán.

Manolo, es claro, pa que no escandalizara y la cosa se corriera por el pueblo, pues le tuvo que dar un golpe.

QUIN. Sí, algún chichón, nada.

ROS. No, si fué en el costao.

QUIN. ¿Pero con qué le dio?

ROS. Con una navaja cabritera de su uso.

QUIN. ¡Ah, vamos!

ROS. No, pero mi Manolito no tuvo la culpa. Si el sacristán se está quieto, no hubiera sío ná, pero se vino hacia mi chico y se clavó tanto así de la navaja. (Marcando mucho.)

QUIN. ¡Qué barbaridad!

ROS. No dijo ni pío el pobre hombre, y ya ve usted por una imprudencia, porque mi niño sacó la navaja pa asustarle na más.

QUIN. ¡Ya, ya!

ROS. Entonces Manolín, emperrao en lo de las onzas, las buscó, las encontró y se las guardó, y misté qué sentimientos de chico, cuando vió su gusto lograo le dió lástima del pobre sacritán, lo interró en el pajar y le rezó un Ave...

QUIN. ¿Y luego?

ROS. Luego se fué a casa y le regaló una onza a su madre y otra a mí. Porque eso sí, pa él lo primero son sus padres.

QUIN. ¿Y ustedes tomaron las onzas?

ROS. Claro; al principio no nos maliciamos na, pero luego cuando nos lo dijo, su madre le riñó, y yo también tuve que ponerme serio.

QUIN. ¿Y dice usted que la cosa ocurrió de noche?

ROS. Sí, de noche. Pero no fué a mal hacer, sino que como él to el día está trabajando, cuando tié algún extraordinario lo hace de noche.

QUIN. Bueno, ¿y qué? ¿Es que quiere usted que me encargue del asunto?

ROS. Sí señor, quisiéramos. Aunque la cosa, como usted ve, es una insignificancia.

QUIN. Sí, sí; ya *lo veo*.

ROS. Un chico travieso que hace una diablura y ná mas. ¡Si le digo a usted que los chicos no dan más que guerra!

QUIN. ¿Y cuántos años tiene el niño?

ROS. Pues treinta y ocho va a cumplir pa abril.

QUIN. ¿Y decía usted el pequeño?

ROS. Sí, el pequeño de los tres. Ahora que lo que yo quisiera saber antes de ná es lo que me iba usted a llevar.

QUIN. Eso es lo de menos. La cosa es que se pueda salir bien del asunto.

ROS. En manos de usted no hay que hablar, apar te que la cosa no pué ser más inocente.

QUIN. Bueno, pues yo iré a hablar con el muchacho y ya veremos lo que puede hacerse.

ROS. ¡Dios se lo premie a usted, señor! Porque está allí en la cárcel, el probe de mi alma, que da lástima véle, y luego que como ná más le cogió la guardia civil le quitó las onzas, pues es lo que él dice: Después de encarcelarme, ni siquiera me dan el gusto de satisfacer un capricho.

QUIN. Bien, bien. Pues anda con Dios.

ROS. Adiós, don Francisco.

QUIN. Adiós, hombre.

ROS. En Pozal de Gallina ya sabe usted, un amigo y un servidor. Rosendo Reguera, afilaor, a su disposición.

QUIN. Muchas gracias. Yo te avisaré para que va·yamos a ver al chico.

ROS. Yo creo que si usted lo mira con un poquitín de interés, como lo del chico no tié malicia...

QUIN. Sí, sí; adiós.

ROS. Porque si al sacristán no le da la gana de despertarse, pues...

QUIN. Claro; anda, anda.

ROS. Estos repajoleros chicos. Adiós, señor, y dispensar. (Hace mutis.)

ESCENA VII

QUINTANA, DOCTOR REBOLLO y CAMPANÓN

CAM. (En la puerta, haciendo entrar al Doctor.) Pase, pase usted, Doctor.

QUIN. (Sorprendido.) ¿Cómo? (Dirigiéndose a Rebollo, que entra.) ¿Pero, Doctor, usted por aquí? ¿Qué ocurre? ¿Ha llegado ya el feliz momento en que se concierten los dulces esponsales de

su bella hija, mi adorada Amalia, con mi humilde persona?

DOCTOR Pronto nos reuniremos con ese fausto motivo, pero hoy es mi ciencia la que me trae...

QUIN. ¿Su ciencia? No comprendo.

CAM. (Tímidamente.) Fuí yo el que le avisé.

QUIN. ¡Por Dios!

DOCTOR Sí, él; fué vuestro criado.

CAM. No; criado, no, señor; su... Dígale usted quién soy, don Francisco, que está feo que yo lo diga.

QUIN. (Con ímpetu y después conteniéndose.) Es Campanón.

CAM. Sí, señor; Campanón, su amigo, su hermano...

QUIN. Bien, bien. Basta.

CAM. ¿Por qué? Mire usted, Doctor, yo pinché a una, la espanzurré, me pedían la corbata. (Haciendo el signo de ahorcarle.) El me defendió, yo fuí a la calle y él arriba.

DOCTOR Comprendido, comprendido. ¿Usted era inocente? ¿Tendría antecedentes que...?

CAM. ¡Como que tengo una tía segunda *monosmaníaca!*

DOCTOR ¡Ah, mi especialidad; la que absorbe mi vida, a la que debo mi modesto nombre de frenópata! ¡Oh, la frenología, el atavismo, la locura!

CAM. Me dijo que le dolía la mano, y como una bala fuí a buscar a usted... ¡Si he faltao!... Misté, yo soy tóo corazón, y el hombre que no es agradecido no es bien nacido.

DOCTOR Gran alma, excelente corazón. ¡Qué caso, ¿eh?, amigo Quintana, qué caso!

QUIN. ¡Sin precedentes!

DOCTOR Bueno, pues veamos esa mano, aunque en estas cosas yo soy muy torpe porque no practico.

QUIN. (Resistiéndose.) Pero si no merece la pena, si ya no me duele.

CAM. Diga usted que sí.

DOCTOR Hombre, ya que vine lo veré, aunque le moleste a usted un poco.

QUIN. De ninguna manera. Si de veras no es nada.

DOCTOR Como usted quiera. (Transición.) Bueno, a ver cuándo quiere usted que echemos un párrafo.

QUIN. Cuando usled quiera; yo también lo deseo vivamente.

DOCTOR Es que mis enfermos me ocupan tanto...

QUIN. Venga usted a comer hoy conmigo.

DOCTOR Sería abusar.

QUIN. ¿Cómo? Que le espero.

DOCTOR Acepto reconocido.

QUIN. Pues esta es su casa. ¿Quiere usted ver a su hijo, a Graciano?

DOCTOR Sí.

QUIN. Acompáñeme entonces.

DOCTOR Y a propósito, ¿cree usted, francamente, que tiene condiciones para el foro?

QUIN. ¿Cómo? Grandes, grandísimas.

DOCTOR Él tiene mucha aficion. El otro día comiendo le soltó un discurso a su hermana. ¿Puede usted creer que ninguno pudimos acabar de comer?

QUIN. Lo creo, lo creo.

DOCTOR A su lado de usted, ¿quién no llegaría?

QUIN. Un poco de costumbre y el saber llegar á las vísceras donde se aloja el sentimiento... nada más.

DOCTOR ¡Oh! (Saludando a Campanón) Adiós, buen muchacho. (Le da la mano.)

CAM. Deje usted mandao, señor. (Salen hablando foro derecha.)

ESCENA VIII

CAMPANÓN. Después QUINTANA

CAM. ¡Qué Doctor éste! ¡Qué persona! Hay que ver cómo ha estao conmigo. «Alma grande, buen corazón, buen muchacho.» Y al irse me ha dao la mano. Esto lo agradezco yo más que el dinero.

QUIN. (Saliendo.) ¡Ah! ¿Estás aquí? Me alegro.

CAM. ¿Qué tiene usted que mandarme?

QUIN. Mira, Campanón, te pido por Dios que no vuelvas a hacer nada sin contar conmigo, pero absolutamente nada, ¿sabes? Porque has hecho venir a este señor y me has puesto en evidencia. ¿Y qué hemos sacado de todo esto?

CAM. Claro, no se ha dejao usted reconocer.

QUIN. Pues no faltaba más.

CAM. Y a propósito.

QUIN. ¿Qué pasa? (Intranquilo.)

CAM. Nada, nada, no se soliviante. Nada malo. Lo que he hecho es por su bien.

QUIN. (Aterrado.) ¿Por mi bien qué has hecho, Campanón?

CAM. Defender sus intereses.

QUIN. Muchas gracias. Pero concreta, ¿cómo los has defendido?

CAM. Pues mire usted, cuando ha venido la cocinera nueva de la plaza he ido a ver la compra. (Quintana, pendiente de sus palabras.) A primera vista he observao que casi todas las cosas venían faltas, pero me he hecho el loco. Le tomo la cuenta, y veo que los huevos que me los ponía a diez reales eran *disminutos* e insisto en la demencia; pero mire usted, llegamos a los pollos y me dice que le habían costao a cinco pesetas, y no pude más. Eran esmirriaos, huesudos y pequeños, y con buenos modos le digo que yo no toleraba que le robaran a usted de esa manera. Lo natural era que me hubiera disculpao... pues no, señor; me dice con sorna: ¿Pero es que por veinte reales quería usted que los pollos fueran de la aristocracia? Aquello me volvió loco y me desaté; el mozo de comedor, que es su novio, se puso a defenderla y me increpó; yo le dije que más valiera que atendiese a su obligación. Entonces todos se combalancharon contra mí, y pa no dar un día de luto al servicio doméstico, me he contenido y vengo a contárselo a usted.

QUIN. ¿Pero también con estos criados te has enemistado, Companón?

CAM. ¿Pero usted cree que yo puedo ver con buenos ojos que le roben a usted así delante de mis narices?

QUIN. ¿Y qué se va a hacer?

CAM. ¡Ah, no! Viviendo yo, no. A usted no le roban. ¡Pues hombre, no faltaría más!

QUIN. Gracias, gracias, gracias. Pero contente.

CAM. Ya me contengo todo lo que puedo, pero es que... ¿Por fin viene el Doctor a comer con usted?

QUIN. Sí, y su hijo. A la una estará aquí. Díselo a la cocinera de mi parte.

CAM. Voy, para que no falte un detalle.

QUIN. Bueno, anda. ¡Pero sé prudente, por Dios!

CAM. Si no fuera por mí se lo comían a usted por los piés.

ESCENA IX

QUINTANA. Después VALENTÍN, luego MARGARITA

QUIN. Tal vez fuera preferible. (Se sienta a la mesa y hojea unos papeles.)

VAL. (Desde la puerta mampara.) Hay una señora que desea verle con urgencia.

QUIN. Que pase. (Se retira el Criado,) Alguna demanda de divorcio, como si lo viera. Una hermosa mujer pospuesta a un amante; lágrimas, juramentos... Y qué sería de estas pobrecitas si no fuera por los abogados. (Todo esto lo dice con petulancia.)

MARG. (Entrando deprisa. Es un tipo de mujer madura, que quiere disimular su edad con afeites y tintes.) El señor... (Después de darse cuenta que está completamente sola, y ya ante la mesa, dice amorosa y tristemente.) ¡Quiquito!

QUIN. (Poniéndose súbitamente de pie.) Márgara, Margarita, ¿qué suceso puede hacerte llegar hasta el santuario del Derecho y de la Justicia?

MARG. ¡Quiquito! Han vertido en mi alma el corrosivo de los celos; aquel cariño de cordera se ha tornado en fiereza de leona. Toda la que ama lleva en el corazón una fiera dormida.

QUIN. ¿Eh?

MARG. (Confidencial y pasionalmente.) He sabido que vas a casarte.

QUIN. (Aterrado.) ¿Quién ha podido decirte?...

MARG. Lo sé, es inútil. Lo recelaba hace tiempo al advertir en tí una frialdad extraña. El verano pasado dejaste de llevarme los merengues con que me obsequiabas a diario; más tarde alternaste el ósculo de la llegada y aminoraste el calor del de la despedida. Ultimamente te contentabas con darme una palmadita afectuosa. Suprimiste el abono de

los toros, dejaste de llevarme a San Isidro, hace dos años que no me llevas a lucir mi mantón a la Cara de Dios.

QUIN. Márgara, el foro fué el culpable.

MARG. No. Te digo que sé que tienes una novia, lo he comprobado yo misma, sé que vas a casarte.

QUIN. Mira, Márgara, desde este sitial donde se defiende el derecho, yo no puedo mentir. Es cierto. Tengo una novia y voy a casarme.

MARG. (Trágica.) ¡Quiquito! ¡Qué horrible verdad! Yo no lo sabía, te mentí para descubrir la verdad de lo que recelaba. Ahora lo sé; la fiera ha despertado.

QUIN. (¡Torpe de mí!) Me caso, sí, pero para saciar la exigencia de una sociedad constituída de artificios, para...

MARG. No continúes, Quiquito, que me flagelas; que... ¡Ay! (Se desmaya en el sofá.)

QUIN. ¡Dios mío! ¡Márgara, vuelve! (La hace aire.) ¡Si la oyeran! ¡Recóbrate! ¡Si viniera Graciano! ¿Quieres beber? (Va a la mesa y coge un vaso con agua.) Vamos, Margarita, tranquilízate, vuelve... vuelve... (La vuelve hacer aire.)

ESCENA X

DICHOS. GRACIANO, foro derecha

GRAC. (Saliendo.) ¿Me necesita usted, don Francisco?

QUIN. (¡Este!) (Poniéndose ante Margarita.) ¡No! ¡Gracias!

GRAC. (A Quintana.) ¿Pero qué es eso?

QUIN. (Bajo a Graciano.) Nada... Una mujer engañada que pide la separación, pero el marido no le deja los hijos; un drama, Graciano, un drama.

GRAC. ¡Pobre señora! Póngale usted agua en las sienes y vuelve en seguida.

QUIN. No, no, que puede volver... que puede volver a desmayarse y no conviene agotar los revulsivos.

GRAC. (A Quintana.) Menudo asuntito.

QUIN. ¡Atroz! Vete, que estas cosas íntimas de familia requieren soledad.

GRAC. (Antes de salir, dice aparte.) No, pues yo no pierdo una palabra. ¡Es flojo el asuntito! (A Quintana, confidencialmente.) Estaré a la mira por si me necesita usted y al mismo tiempo... (Hace indicación de oir.) Ya sabe usted la afición que tengo. Aquí me quedo. (Sale foro derecha, viéndosele escuchar en la puerta.)

ESCENA XI

QUINTANA y MARGARITA

QUIN. (Viendo a Graciano.) Y se queda ahí. (Mojando los dedos en el agua y salpicando a Margarita.) Vamos, vamos... (Más bajo.) Vuelve a tu ser.

MARG. (Suspirando.) ¡Ay!

QUIN. (A Valentín.) ¡Vete! (A Margarita.) Calma, calma.

MARG. (Incorporándose.) ¡Oh, perjuro, perjuro!

QUIN. ¡Vamos, vamos!

MARG. El huracán se calma a veces para convertirse en ciclón.

QUIN. (Procurando no ser oído por Graciano.) ¿Por qué no te vas un poco a que te dé el aire?

MARG. No; aquí lo podemos ventilar todo.

QUIN. ¡Dónde irá a parar, Dios mío! Sí, hablemos. (Siempre mirando hacia donde está oculto Graciano.)

MARG. ¡Eras mi primer amor cuando apenas era una niña!

QUIN. (Alto para que oiga Graciano y como clasificando lo que oye.) Corrupción de menores y abuso de confianza. Adelante.

MARG. Ocho años de mi vida fueron sacrificados, marchitándose durante ellos las más preciadas flores de mi juventud.

QUIN. (En igual forma.) Vida común de matrimonio, observando una fidelidad extrema. Continuemos.

MARG. Y un día el hombre se fatiga y saciado, quiere buscar otras flores nuevas.

QUIN. (Idem.) Infidelidad y abandono del hogar.

MARG. El hombre quiere olvidarlo todo, pero las flores secas dejaron semilla. Cuando el pájaro quiere volar le atajan y le dicen este es tu nido, quieres abandonarle, yo haré mil pedazos el nuevo que quieres formar.

QUIN. (Sin saber qué decir y siempre para que lo oiga Graciano.) Pero la ley proteje al oprimido.

MARG. Sin metáforas Esa boda hay que deshacerla.

QUIN. (Cada vez más apurado.) ¡Muy bien! Boda inmoral, insana y concubinaria. Boda... ilegal. Boda...

MARG. ¡Nada, que no hay boda!

QUIN. Enérgica actitud de la mujer amante. Heroína de amor, mártir de novela.

MARG. En fin, que yo quiero romper esos lazos.

QUIN. ¡Claro!

MARG. ¡Que no toleraré esa infamia!

QUIN. El Código la ampara.

MARG. Es mi última palabra. O la vuelta inmediata al nido y abandono de proyectos y relaciones, o yo, yo misma, destruiré ese castillo de naipes.

QUIN. ¡Se hará justicia!

MARG. O yo me la tomaré por mi mano.

QUIN. ¡Bravo!

MARG. ¡Es mi ultimatum! (De pie.)

QUIN. ¡Muy bien!

MARG. O yo, o nadie. (Sale.)

QUIN. ¡Beso a usted los pies!

ESCENA XII

QUINTANA. Después GRACIANO

QUIN. (Cambiando súbitamente.) ¡La debacle, la ruina, el escándalo! ¡Y Dios quiera que Graciano no se haya enterado.

GRAC. (Saliendo.) ¡Lo he oído todo!

QUIN. (Cayendo en una silla) ¿Sí?

GRAC. Todo, todo.

QUIN. (¡Dios mío!)

GRAC. Don Francisco, vaya una demanda bonita.

QUIN. (Levantándose.) ¿Qué dices?

GRAC. Que ese es el asunto que me pone a mi arriba.

QUIN. ¡Pero Graciano!

GRAC. ¡Esta vez no me lo puede usted negar!

QUIN. Mira, yo te daré otro de más lucimiento.

GRAC. Nada, nada. Este, este es el mío. Si no me lo da usted se lo diré a mi padre y a mi her

mana, y no tendrá usted más remedio que dármelo.

QUIN. Bueno, ya hablaremos. Tú no tienes que acudir a nadie para que te dé lo que me pidas.

GRAC. Qué bueno es usted, don Francisco, qué bueno. (Le abraza.) ¡Me hace usted hombre! Me dará antecedentes, consejos, yo.. ¡Qué éxito forense voy a tener, qué exito! (Sale.)

ESCENA XIII

QUINTANA. En seguida CAMPANON

QUIN. ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Queda abatidísimo, sentado en una butaca.)

CAM. (Sale sin ser advertido por Quintana, por la puerta que da al interior de la casa. Entra despacio, su cara denota tranquilidad. Llega hasta Quintana y le dice misteriosamente.) Don Francisco.

QUIN. (Volviéndose asustado.) Ah, ¿eres tú?

CAM. Sí, yo. Me he empapado bien de todo.

QUIN. Pues para qué te voy a decir... No me queda más recurso que escoger entre los fósforos, el sublimado corrosivo o arrojarme por el balcón.

CAM. Vamos, vamos. Sosiego, calma, tranquilidad. Usted no tiene por qué apurarse. (Con satisfacción.) ¡Esto lo arreglo yo!

QUIN. ¡Tú! (Estupefacto.)

CAM. Yo, sí, yo. No es el primer asunto que le he arreglado a usted.

QUIN. Eso es verdad, pero... ¿qué vas a hacer?

CAM. Eso es lo que menos le debe preocupar a usted. Lo que a usted le interesa es que lo arregle y nada más.

QUIN. No, no; es que yo quiero que me lo digas.

CAM. Bástele saber que será usted feliz, que se casará... lo demás es cosa mía.

QUIN. ¿Pero qué puedes hacer para arreglar una cosa que no tiene arreglo? ¿Qué puedes urdir? Es inútil todo lo que hagas.

CAM. Dígame usted dónde vive esa prójima.

QUIN. Si no me dices lo que vas a hacer no te lo digo.

CAM. ¡Qué chiquillo es usted! Bueno, pues si no me dice usted sus señas, no se lo digo por curioso.

QUIN. ¡Campanón!

CAM. Nada, nada.

QUIN. Vive Carlos Pedrel, doce, segundo, y se llama ..

CAM. Deje usted que lo apunte. (Toma nota.)

QUIN. Y se llama ..

CAM. ¿Se llama?

QUIN. Margarita Goite.

CAM. (Después de terminar de apuntar.) Bueno, pues la palabra es palabra; se lo voy a decir a usted para que esté usted tranquilo... Pero si la cosa es coser y cantar. (Quintana le escucha con gran ansiedad.) A esa me la llevo yo por delante y santas pascuas. (Con gran naturalidad.)

QUIN. (Aterrado.) ¡Campanón!

CAM. ¡Los amigos son para las ocasiones!

QUIN. ¡Eso no, Campanón! De ninguna manera. Te lo agradezco, pero tú no has visto lo que pretendes hacer. Yo no puedo autorizar un crimen.

CAM. Pero hombre, parece imposible que sea usted tan listo y no caiga usted en las cosas. Pero es que usted cree que yo voy a llegar allí y pun, pun, dos tiros? ¡Hombre, ni tan primo! Yo planeo el crimen pasional...

QUIN. ¿Pero, qué dices?

CAM. Planeo un crimen pasional con todas las de la ley.

QUIN. ¡No digas atrocidades!

CAM. Bueno, ¿pero quiere escucharme?

QUIN. Sí, habla.

CAM. Yo le hago el amor a esa mujer, pero el amor de verdad. Dadas mis condiciones físicas y personales, claro que ella no me hará caso, sino que me despreciará; yo insistiré, vendrá el arrebato, la obcecación, la pasión arrolladora armará mi brazo...

QUIN. ¡No sigas disparatando!

CAM. Son palabras de usted en la defensa del procesao de la calle de la Escuadra... La pasión arrolladora arma mi brazo; la mato, lloro sobre el cadáver, usted me defiende y a la calle. Total: todos felices; usted casao y

yo satisfecho por haber hecho una buena acción.

QUIN. Pero si eso no hay quien lo defienda; si la premeditación salta a la vista.

CAM. No sea usted modesto, don Francisco, si sabré de lo que es usted capaz. Ya puede uno delinquir con tranquilidad.

QUIN. Mira, no empeores mi situación.

CAM. Si le parece a usted voy a dejar que esa mujer vaya a casa de su novia, dé el escándalo, deshaga la boda y todas nuestras ilusiones por la ventana. ¡Quiá! Sobre todo, es que yo tengo gusto, es que esto es mi obligación. Que yo se lo debo a usted to y es justo que llegue la manera de pagárselo. ¡Cada uno en la medida de sus fuerzas tiene que corresponder! En fin, lo mío de siempre: «El que no es agradecido no es bien nacido.»

QUIN. ¿Por qué te sacaría yo absuelto, Campanón?

CAM. Toma, porque tié usted un talento que no le cabe en la cabeza, porque... sobre to pa qué hablar. Ahora a tranquilizarse, a ser feliz como antes.

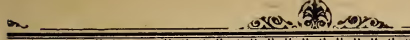
QUIN. (Desesperado.) ¡Pero, Campanón!

CAM. Na, na. (Cogiendo un libro que hay sobre la mesa,) Me llevo el Código pa consultarlo. (Medio mutis.) Voy a hacer un crimen pasional que se va usted a quedar bizco.

QUIN. ¡No digas disparates; no seas bárbaro!

CAM. Usted lo verá. (Mutis a juicio del actor y telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Un gabinete elegantísimo y coquetón amueblado y decorado a la moderna. Un mirador al fondo y puertas. Retratos sobre algunos muebles, entre los que estará uno de la dueña del cuarto. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA, DOCTOR REBOLLO y LEONOR

Al levantarse el telón Margarita estará sentada en la «chaise-longue» ligeramente echada. El doctor Rebollo la ausculta apoyando la cabeza sobre su pecho. Al lado, de pie y con cara triste, estará la doncella Leonor

MARG. (Cuenta con intervalos.) Tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. .

DOCTOR (Atajando a Margarita.) Nada, nada importante. (Margarita se incorpora.) ¿A ver la lengua? (Margarita se la enseña) ¡Bien! ¿El pulso? (Le coge la mano. Se oye un timbre dentro y sale la Criada.)

MARG. ¿Cómo me encuentra usted, Doctor?

DOCTOR ¿Cómo la he de encontrar a usted?, deliciosa. Que perdone Galeno que enmascare mi amor con la ciencia, pero no hay más remedio.

MARG. ¡Qué loco está usted!

DOCTOR Ya ve, me tiene usted loco y soy especialista de enfermedades mentales; las paradojas.

MARG. ¡Es que estoy fuera de su especialidad!

DOCTOR No lo crea usted; mi especialidad son las mujeres como usted.

MARG. ¿Doctor?

DOCTOR (Oyendo.) ¿Eh? Creí que volvía la criada. Para ella soy el médico, para usted soy el enfermo. Mi posición, mi familia. ¡Ay, cuándo podré ser su médico de cabecera!

MARG. ¡Todo, todo llegará!

DOCTOR Después recibirá usted unos bombones. Cada vez que degluta uno, acuérdese de mí.

LEONOR (Entrando.) ¿Está mejor la señora?

DOCTOR Sí, no es nada. Reposo, distracción, alimentación intensa. Algo de histerismo exacerbado por alguna contrariedad y como su temperamento es nervioso... Luego recibirá usted esas cápsulas, son muy buenas de tomar y ya sabe usted, cada vez que tome una...

MARG. Sí, sí.

DOCTOR Yo volveré mañana por si acaso hubiera alguna novedad, pero no...

MARG. (Poniéndose de pie.) Adiós, Doctor.

DOCTOR Adiós... paciente. (Sale acompañado por Leonor segunda derecha.)

ESCENA II

MARGARITA. Después LEONOR, segunda derecha

MARG. Mi dolencia está fuera de los límites de la medicina; es mal de amor y sólo él puede curarlo con su afecto... Pero hace ya cinco días que no veo a Quiquito, cinco días y mi corazón late aún. ¡Oh, si esta noche no ha venido, iré yo y lo destruiré todo, todo. (Se pasea siniestra y va al mirador asomándose.) Pero ya está ahí ese hombre siniestro que me ronda la casa a todas horas y me persigue a todas partes. Ya me ha visto. ¿Eh? (Figurando que le hablan desde la calle.) ¿Cómo? Me habla con el lenguaje de los faltos de palabra... ¿Que va a subir? De ninguna manera. ¡No!... ¡Eso no! (Se quita del balcón asustada rápidamente.) ¿Pero qué pasión salvaje he despertado en ese ser y en cambio Quiquito me repudia y me abandona? Esto me prueba que mi belleza se conserva intacta. (Mi-

rándose al espejo.) ¡Oh! No me extraña la salvaje pasión de ese desconocido. ¡Estoy fresca!

LEONOR Señora, la peinadora le espera en su tocador.

MARG. Voy. (Medio mutis.) Oye, Leonor; si viniera alguien preguntando por mí, dí que no estoy.

LEONOR Bien, señora.

MARG. (Saliendo primera derecha.) (¡Temo a ese perseguidor incivil!) (También sale Leonor primera derecha.)

ESCENA III

La escena queda sola unos instantes. Poco después sale LEONOR, primera derecha

(Dirigiéndose al foro y después de decir las primeras palabras se sorprende al ver caer a sus pies algo que se supone arrojado desde la calle.) Dice la señora que aquí tiene... ¿Eh? ¿Qué es esto? (Lo coge. El paquetito contendrá una piedra dura que dé golpe al caer.) Un paquetito atado con una cuerda. (Va a desatarlo y se contiene.) Yo lo desataría, pero si la señora... (Tocándolo.) Y es muy duro... Voy a ver. (Lo desata.) ¡Una piedra y envuelta en un papel escrito! A ver. (Leyendo.) «Señora, el fuego se extingue con el agua, al mar se le ponen diques que lo contienen, a la fiera más fiera se la enjaula, contra la pasión arrolladora no hay fuerza humana.» Esto lo he leído yo en algún lado. «Posdata. Si con el medio de comunicación se rompiera algún cristal, se abona.» ¡Dios mío, esto es de ese que persigue a la señora hace varios días!

ESCENA IV

LEONOR y MARGARITA, primera derecha

MARG. (Sale despavorida con el pelo suelto.) ¡Ay, Leonor, Leonor!

LEONOR (Asustada.) ¡Señorita!

MARG. ¡Qué susto, Leonor!
LEONOR ¿Pero qué ha sido?
MARG. ¿Tú sabes que estaba peinándome delante de la ventana de mi cuarto tocador?
LEONOR Allí las dejé a ustedes.
MARG. Pues bien, de pronto una voz nos saca de nuestra ocupación, levanto la cabeza y era ese hombre terrible que me persigue, que me hablaba desde la ventana de enfrente del piso desalquilado.
LEONOR ¡Dios mío!
MARG. Se conoce que ha pedido la llave a la portera con el pretexto de ver el piso y... Estoy temblona, mira.
LEONOR Pues, señorita, ese hombre es atroz y está decidido a todo, porque mire usted qué carta ha tirado desde la calle envolviendo esta piedra.
MARG. ¡También! (Aterrada.) ¿A ver? (Empieza a leer. Se oye el timbre dentro.)
LEONOR ¡Han llamado! Señorita, ahí está. (Asustada.)
MARG. ¡Ay, Leonor, no le abras! (Asustadísima. Vuelven a llamar.)
LEONOR ¡Insiste, señorita!
MARG. Por el ventanillo le dices que no estoy. (Llaman sin soltar el timbre.)
LEONOR Va a tirar la puerta abajo. Voy a ver.
MARG. Sí, pero por Dios no le dejes entrar. (Sale la Criada segunda derecha.)

ESCENA V

MARGARITA

¡Por qué despertará uno estas pasiones, Dios mío! (Escucha en actitud trágica.) É insiste en entrar. (Siempre escuchando.) ¡Dice que si no estoy me aguardará!... ¡Es tremendo! Quiere trasponer el umbral violentamente... Lo traspone... ¡Es aterrador!... ¡Bien dice, la pasión arrolladora no hay fuerza humana que la contenga! (Sale trágica por la puerta que entró)

ESCENA VI

LEONOR y CAMPANÓN, segunda derecha

LEONOR Puesto que el señor quiere esperar, pase y siéntese.

CAM. (Entrando y sentándose.) Gracias. Avisa a la señora.

LEONOR Le he dicho a usted que no está.

CAM. (Atajándola.) ¡Avísala! (Sale Leonor primera derecha.)

ESCENA VII

CAMPANÓN

Ya estoy en el lugar del crimen... Me parece que he dao pruebas *nequívocas* de una pasión loca. Los trozos extraídos de *La Mujer adúltera* son que ni escritos pa el caso. Con esta táctica la premeditación está descontá, así como por lo mismo no traigo armas. Por otro lao los merengues (Por un paquete en papel blanco atado con una cuerdecita roja que saca y dejó al entrar sobre la mesita.) me exculpan, así como los alcahueses. (Saca alguno del bolsillo.) El que viene con chucherías semejantes bien claro está que no viene a matar. La alevosía no concurre; en cambio el arrebato y la obcecación van a ser palpables. (Viendo unos retratos.) ¡La víctima! ¡Pobre mujer! Porque, aunque ajamoná, no es desagradable.. Pero, en fin, la amistá es la amistá, y el que no es agradecío no es bien nacío. ¿Eh? Alguien se acerca. ¡Desimulemos! Son pasos menudos.. de mujer... Al fin... (Queda de espaldas a la puerta del foro donde sale con gran sigilo Quintana.)

ESCENA VIII

CAMPANÓN y QUINTANA, segunda derecha

QUIN. (Llegando hasta Campanón le dice muy bajito.) ¡Campanón!

CAM. (Disgustado y reprensivo.) ¡Don Francisco!

QUIN. Aún llego a tiempo de detener tu brazo antes que caiga sobre una oveja inocente, ¿verdad?

CAM. (Tranquilo.) Sí, señor, aún no se ha perpetrao. ¿Pero me hace usted el favor de decirme a qué viene usted aquí?

QUIN. A evitar un crimen; a salvarte a ti y a mí. (Dramático.)

CAM. Le he dicho a usted que iba a planear el crimen pasional.

QUIN. Sí, pero...

CAM. Pues lo he planeao y ya he comenzao a poponerlo en práctica.

QUIN. (Aterrado.) ¿Qué dices, Campanón?

CAM. (Confidencial.) He entrao en esta casa violentamente y como remolcao por una pasión irresistible (Quintana quiere hablar.) después de un asedio amoroso implacable.

QUIN. Sí, si eso en teórico me encanta, pero...

CAM. En la *práztica tié* que ser de un resultao *fenitivo*. (Sin dejarle hablar.) Cuando sin haberla hablao ya me tiene panico; ¿no ve usted que en cuanto me declare con esta cara y este tipo me echa a patás?

QUIN. Sí, eso sí...

CAM. ¡Pues en cuanto yo me vea arrojao, despreciao, mi pasión tié que revelarse; una fuerza irresistible me hará ir hacia ella, me arrebato, me obceco, la malogro y santas pascuas!

QUIN. ¡Calla, calla! (Asustado al fijarse en el paquete de los merengues.) ¿Qué encierra ese paquete, Campanón?

CAM. Eso es una eximente; merengues.

QUIN. ¡No bromees!

CAM. En serio. Y aquí en el bolsillo llevo veinte

céntimos de atenuantes. (Metiendo la mano en el bolsillo.) ¿Quié usté un alcahués?

QUIN. ¡No me gustan!

CAM. Pues de traer a no traer estas golosinas, va de la cadena perpetua a la sentencia absolutoria.

QUIN. ¡Estás loco!

CAM. Márchese usted y déjeme que pueden salir y verlo y...

QUIN. Sólo me iré si me prometes desistir.

CAM. Pero, don Francisco, qué importancia le da usté a las cosas. ¿No desgracié yo a mi tía que en paz descanse?

QUIN. Sí, pero concurrieron circunstancias.

CAM. No diga usted, a primera vista era un crimen espantoso. Pero luego se le ocurrió a usted aquello de que padecía una enfermedad incurable y resultó que, matándola, la había hecho un favor.

QUIN. Aquello fué distinto.

CAM. Igual. Quién sabe si a esta señora la haremos un señalado servicio.

QUIN. Mira que hoy es la primera amonestación y hay un té en casa de mi novia; mira...

CAM. Márchese usted que van a venir.

QUIN. Sí, pero prométeme que...

CAM. Ande usted, ande...

QUIN. Prométemelo. (Medio mutis.) ¿No traerás armas, verdad?

CAM. Ni un corta plumas. Ni que fuera tonto.

QUIN. (Yo no lo pierdo de vista.) (Sale.)

CAM. No he visto una pusilanimidad más pueril.

ESCENA IX

CAMPANÓN y LEONOR, primera derecha

LEONOR (Entrando.) La señora acaba de mandar recado diciendo que no viene a comer, así es que...

CAM. (Atajándola con energía.) Dígale a la señora que si no sale penetraré.

ESCENA X

DICHOS y MARGARITA, primera derecha

MARG. (Sale antes de terminar sus palabras Campanón y dice imperiosamente.) Caballero, ya es demasiado.

CAM. (Al verla.) ¡Al fin! (Confidencial y amoroso.) Necesito hablarla sin testigos.

MARG. (Me da pavor esta pasión salvaje.) Vete, Leonor. (Sale la Criada.)

ESCENA XI

CAMPANON y MARGARITA

CAM. (¡Se aproxima el hecho de autos!)

MARG. ¡Acabe y márchese!

CAM. (¡Me va a dar unas calabazas que ni fabricadas exprofeso!) ¡Señora, yo la amo a usted! (Rápidamente.)

MARG. ¡Oh, loca pasión que se alojó en una mente alucinada!

CAM. La amo a usted porque también aman el león, el tigre, el lobo...

MARG. ¡No ose enamorarme!

CAM. (Con energía.) ¡Oso!

MARG. (¡Son fieras sus palabras!)

CAM. ¡Oso! ¿Por qué si ama la fiera, por qué no he de amar yo?

MARG. Estoy comprometida, márchese, ya le he escuchado demasiado.

CAM. ¡Aún ha de escucharme más!

MARG. ¡No!

CAM. (Más fuerte.) ¡Sí!

MARG. (¡Me domina!)

CAM. (¡Hay que echar el resto!) Yo vagaba sin tino desde que salí de la cárcel.

MARG. (Aterrada.) (¡Dios mío!)

CAM. ¡Mis ojos criminales buscaban en otros ojos algo de cariño y un día se tropezaron con unos ojos ladrones! (Insinuante.)

MARG. ¡Caballero!

CAM. Los criminales, en cuanto encontraron a los ladrones, ya no se vieron solos y quisieron seguirlos, pero éstos huyeron.

MARG. ¡Qué culpa tengo yo de tener la mirada raterilla!

CAM. (Que va creciéndose progresivamente.) Es que desde aquel día te amo, desde aquel día te persigo, te rondo la calle, y por fin te asalto... ¡Serás mía!

MARG. ¡Suprima el tuteo! (¡Dios mío, me intimida!)

CAM. (¡Se acerca el momento!) Soy un criminal, no debo ocultártelo.

MARG. ¡Es horrible!

CAM. Sí, lo soy; maté.

MARG. (Asustada.) ¡Oh! ¡Qué sucede en mí!

CAM. Pero tengo derecho a ser amado, como los demás, lo necesito. ¿Me amarás, verdad?

MARG. ¡Oh, sí, sí! ¡Odia el delito y compadece al delincuente!

CAM. ¿Qué dices? (Estupefacto.)

MARG. ¡Que te amo!

CAM. (¡Adiós arrebato!) ¡Si soy un criminal empedernido!

MARG. ¡Adoro tu fiereza!

CAM. (¡Adiós obcecación!) Pero si es que la sociedad te repudiará como a mí.

MARG. ¡Qué importa, tú vivirás a mi lado!

CAM. ¡Es que yo soy la fiera!

MARG. ¿Y qué? Yo seré tu domadora.

CAM. (¡Me veo en una barraca!)

MARG. Todo te lo haré yo olvidar. Haré de ti un hombre bueno, un santo, vivirás a mi lado, no te faltará nada; serás feliz.

CAM. El león no puede vivir más que en su guarida.

MARG. Te volveré un cordero...

CAM. No lo creas, yo maltrato a las mujeres, varias de mis amantes han muerto de la mala vida que las he dao...

MARG. (Abriendo el paquete.) ¡Merengues! Me has adivinado el gusto.

CAM. Verás, es que...

MARG. Tengo pasión por ellos.

CAM. (¡Se me come los atenuantes!)

MARG. Luego dices. Un hombre que trae merengues no puede tener mal corazón.

CAM. Te diré, es que... No te fíes por las apariencias.

MARG. Vamos, vamos al comedor; tengo allí un vinillo que te va a gustar.

CAM. No, si es que...

MARG. Sin cumplidos. (Le empuja hacia la segunda izquierda.)

CAM. Que no, que...

MARG. (Le mete un merengue en la boca de los que lleva en la mano y no permite hablar a Campanón.) ¡Toma un merengue tú también.

CAM. (Tratando de hablar sin conseguirlo.) Hum, hum.

MARG. Anda, anda. (Le hace entrar, siguiéndole.) ¡Qué feliz soy! (Mutis segunda izquierda.)

ESCENA XII

QUINTANA. Después GRACIANO y LEONOR por segunda derecha.

QUIN. (Asoma la cabeza, primero, cautelosamente, y cuando se da cuenta de que no hay nadie, sale.) El revólver, los cuchillos, los tenedores, la badila, el mazo, el martillo, el cucharón, la mano del almirez, las planchas... las tijeras. (Todo esto lo dirá como recordando.) Me parece que he hecho desaparecer todos los objetos cortantes, punzantes y contundentes de la casa. (Después de pensar.) Porque con el rallador se le puede hacer polvo a uno, pero sin arrebato ni obcecación. (Se oye un timbre.) Es el timbre de la puerta. (Atendiendo.) ¿Quién será? (Oyendo.) ¿Cómo? Entra alguien... y viene hacia aquí. (Pretende ocultarse.) ¡Y por esas habitaciones yo no puedo ocultarme, porque me incomunico con el resto de la casa! (En este momento entra Graciano y Leonor con una tarjeta en una bandejita.)

LEONOR Pase y siéntese; avisaré a la señora. (Mutis Leonor segunda izquierda.)

QUIN. (Que queda en segundo término al ver a Graciano que no le ve.) (¡Graciano!)

GRAC. (Sin ver aún a Quintana.) Los asuntos hay que buscarlos. Se lo arrebato al jefe, porque está visto que no me lo quería dar. Esa es la me-

jor prueba de que la cosa lo merece. (Viendo súbitamente a Quintana.) ¡Señor Quintana!

QUIN. ¡Graciano! (Sin saber qué decir.)

GRAC. Señor Quintana. Disimule usted el procedimiento que he puesto en práctica para hacerme con este asunto; pero se trata de mi porvenir ..

QUIN. Graciano, has cometido una imprudencia inaudita dando este paso...

GRAC. (Atajándolo.) Lo sé, don Francisco... lo sé...

QUIN. Ahora mismo iba a entrar a conferenciar con mi clienta; no la he advertido de nada y esto es poco serio.

GRAC. No se me oculta, señor Quintana, no se me oculta. Pero (Sonriente.) la casualidad, el hado, mi suerte, lo que sea, han hecho que usted se encuentre ahora aquí para remediarlo todo.

QUIN. ¿Yo?

GRAC. Sí, señor. Porque usted me la presenta ahora y...

QUIN. ¡Eso es imposible!

GRAC. ¡Por Dios! Sea usted benigno conmigo.

QUIN. Pero si es que... (¡Qué le diría yo!) Pero si el asunto es árido y sin lucimiento para un letrado.

GRAC. (Con petulancia.) ¿Sí? ¡Pues yo le he visto una defensa muy bonita!

QUIN. Es que no lo conoces a fondo. Déjame que yo encauce el asunto y cuando esté planteado te lo cedo, ¿eh?

GRAC. Señor Quintana, la juventud es impetuosa. Yo, ya me he propuesto que sea hoy y hoy tiene que ser.

QUIN. Pero si es que...

GRAC. Si no me la presenta usted, lo haré yo de su parte.

QUIN. No hagas eso, Graciano.

GRAC. ¡Pues usted dirá!

MARG. (Dentro.) Es un momento...

GRAC. Ella viene.

QUIN. Sí, anda, vámonos, volveremos.

GRAC. No, preséntеme.

QUIN. ¡No, presentarte, no!

GRAC. Entonces me presentaré de su parte.

QUIN. ¡Tampoco!

MARG. (Dentro.) ¡Voy a ver quién es!

GRAC. ¡Pero, don Francisco!

QUIN. (Saliendo.) (¡Sea lo que Dios quiera!)

ESCENA XIII

GRACIANO y MARGARITA

GRAC. No me presenta, no me ayuda, tal vez teme que mi actuación... Mejor, así si tengo un triunfo será por mis propios merecimientos.

MARG. (Saliendo.) ¡Caballero!

GRAC. ¡Señora!

MARG. ¿Es usted don Francisco Rebollo, abogado?

GRAC. (Con petulancia.) Del ilustre Colegio de esta corte, con matrículas de honor y premio extraordinario en la Facultad de Derecho de Sevilla. ¿Me había usted oido mentar?

MARG. No, es que lo leí en su tarjeta.

GRAC. Ah, sí, es verdad, que se la dí a la sirviente.

MARG. Pues tome usted asiento y usted dirá.

GRAC. Con su permiso. (Se sienta.) Señora, yo soy el primer pasante de don Francisco Quintana.

MARG. ¡Cómo! ¿Es usted el pasante de Quintana?

GRAC. (¡La he admirado!) Sí, señora, del notable jurisconsulto, del gran criminalista...

MARG. (Muy alegre.) ¿Y viene usted de su parte?

GRAC. (Dudando y luego decidiéndose.) De... su parte.

MARG. Pues hable, hable. (Muy solícita.) ¿Está usted cómodo ahí?

GRAC. Sí, señora; muchas gracias. (¡Esto se presenta muy bien!) Yo estoy enterado detalladamente de lo que tiene usted con mi jefe.

MARG. Claro, se llevarán ustedes como hermanos.

GRAC. Se puede decir que lo somos. Como él no tiene secretos para mí me contó el asunto de pé a pá.

MARG. ¿Y le parece a usted bonito?

GRAC. ¡Precioso!

MARG. ¿Cómo?

GRAC. Claro, eso depende del punto de vista.

MARG. ¡Es verdad!

GRAC. Pues el señor Quintana se ocupaba de ello.

MARG. ¿De qué?

GRAC. De lo de usted. ¡Por cariño!

MARG. (Con gran alegria.) ¿Usted cree?...
GRAC. Claro, se llega uno a interesar y luego no puede dejarlo.
MARG. ¡Ay, joven, no sabe usted la alegría que me da!
GRAC. ¡Eso es la verdad!
MARG. Hágame usted el favor de sentarse aquí a mi lado en la «chaise-longue», que esa butaca es muy incómoda.
GRAC. Como usted quiera; es usted muy amable. (¡Va como una seda!) Pero a veces uno no es dueño de sus actos...
MARG. Lo comprendo, lo comprendo...
GRAC. Y claro, bien a pesar suyo, tiene que hacer lo que no quisiera.
MARG. No, si mire usted, yo soy la primera en disculparle.
GRAC. (¡Ya la tengo en el bolsillo!) Para acabar, que sintiéndolo mucho don Francisco, tiene que dejarla a usted.
MARG. ¿Cómo? ¿Qué dice usted? (Poniéndose súbitamente de pie.)
GRAC. Sí, que él, de aquí en adelante, no podrá, bien a su pesar, ocuparse de usted como lo había hecho hasta ahora.
MARG. (Sofocadísima.) Es decir, que después de todo lo ocurrido y cuando menos podía esperarse, quedo abandonada.
GRAC. ¡No, señora!
MARG. Sí, señor, así es.
GRAC. ¡Le digo a usted que no! Usted no queda abandonada puesto que don Francisco me ha encargado que yo siga con usted.
MARG. (Excitadísima.) ¿Cómo que le ha encargado a usted? Así, sin contar conmigo. Como se encarga a un niño que viaja solo al revisor del tren.
GRAC. (¡Esto me pasa por culpa del señor Quintana!) Señora, usted ignora quién soy yo; por eso habla así.
MARG. Aunque fuera usted el duque de Alba.
GRAC. Señora, es que aunque me esté feo decirlo, yo puedo llenar mi cometido sin que usted eche de menos para nada al señor Quintana.
MARG. (Exasperada.) Pero jamás he visto desfachatez

semejante. Haga usted el favor de retirarse, y no apure más mi paciencia.

GRAC. ¿Pero cómo? ¿Es que me rechaza usted así en rotundo?

MARG. En absoluto; ¿qué se ha creído usted?

GRAC. (Con dignidad cómica.) Está bien. Pero conste que usted no me conoce y que se ha hecho eco de intrigas y murmuraciones que la envidia de los profesionales fracasados quieren echar sobre mí.

MARG. ¡Vaya usted con Dios!

GRAC. (Haciendo medio mutis.) De todos modos se queda usted con mis señas y si en cualquier momento cambiara usted de opinión, sabe usted que puede mandarme.

MARG. (Secamente.) ¡Muchas gracias!

GRAC. Es más. Para que vea usted que no lo hago por el interés, si algún día se decide usted, sepa que lo hago completamente gratis.

MARG. ¿Eh? ¡Es extraordinario! ¿Pero es que pensaba usted sacarme dinero?

GRAC. Lo hacen todos, señora; no creo que la cosa tenga nada de particular.

MARG. (¡Pero qué hombre es éste!) Fuera, fuera de mi casa.

GRAC. Ya, ya me voy.

MARG. ¡Ahora mismo!

GRAC. La cosa no creo que sea para tanto.

MARG. Vamos, vamos... (Empujándole, para hacerle salir.)

GRAC. (Saliendo juntos, segunda derecha.) (¡Y yo que lo tenía tan bien visto!) (Hacen mutis.)

ESCENA XIV

CAMPANÓN, que sale por la segunda izquierda con pijama, gorro con borlas y zapatillas.

La ocecación se ha ido a baños; el arrebato bueno gracias; la fuerza irresistible, pa el gato. De los atenuantes queda un merengue que se lo ha dejao pa postre y de los eximentes las cáscaras. Bueno, y cuidado que yo que soy pa las mujeres un terciopelo, la estoy tratando a patás pa ver si la desencanto y me da pie pa el hecho. ¡Pero que si

quieres! Me ha puesto este salto de cama, me ha pulverizao con tres esencias distintas, y arrellenaos en un rincón de un sofá de su cuarto, me ha dicho que o yo o el ácido prúsico. (Pensativo.) Y ahora que caigo, eso podría ser una solución. Ella que está emperrá conmigo, si la pinto un amor imposible, dao su romantiquismo, no tendría ná de particular que se arrebatase la existencia y así me lo daba tó hecho. Al fin y al cabo, nadie está libre de inspirar una pasión suicida Vamos con el último cartucho, Campanón. (Viéndola venir.) ¡Ella! ¡Mano a lo tétrico! (Queda en actitud triste, sentado en una butaca con la cabeza entre las manos.)

ESCENA XV

CAMPANÓN y MARGARITA

MARG. (Saliendo.) ¡Oh, Campanón, cuánta perfidia, cuánta maldad, cuánta infamia! ¡No tengo más consuelo que tus... (Al observar la actitud de Campanón, dice:) ¿Qué tienes?

CAM. (Sombrío.) ¡Ná!

MARG. (Con fuerza.) ¡Mientes!

CAM. (Suplicante.) ¡Doña Margarita!

MARG. Quita el doña, que nos distancia.

CAM. (Sin atreverse a hablar.) Si es que se me hace duro y...

MARG. ¿Qué nuevo desengaño me espera, cuando necesito que me restañes la sangre de mi reciente herida?

CAM. (Va a atentar contra su vida en cuanto lo sepa.)

MARG. ¡No calles, habla, habla!

CAM. (Misterioso y tétrico.) ¡Márgara!

MARG. (Con vehemencia.) ¡Así!

CAM. Márgara, nuestro cariño es un imposible.

MARG. (Trágica) ¿Imposible?

CAM. ¡Absolutamente!

MARG. ¿Pero es que los hombres queréis jugar al balompié con mi corazón?

CAM. Yo no; pero...

MARG. ¿No te he acogido amorosa cuando implorabas cariño, acosado, vilipendiado y refutado por la sociedad, inspirándome en el santo epígrafe impreso en hierro en el frontispicio de la cárcel y que dice *ad pedem litere*: «odia el delito y compadece al delincuente?»

CAM. Sí, si yo...

MARG. ¿No eras un girón de la sociedad?

CAM. Verás, es que...

MARG. ¡Una piltrafa, un desperdicio!

CAM. (¡Me está poniendo verde y no atenta contra su vida!)

MARG. Pues si fuiste tú el que viniste en busca de cariño, ¿cómo ahora se te antoja imposible?

CAM. (Como ocurriéndosele una idea salvadora.) Dejo a una mujer en el desamparo.

MARG. ¿Tenías otra?

CAM. (Con temor.) ¡Sí!

MARG. ¿Más bella que yo? ¿Más joven?

CAM. ¡Es otro tipo!

MARG. ¿Cómo?

CAM. Sí, es otro tipo que tú y representa unos meses más.

MARG. (Trágica.) ¿Entonces, por qué viniste? (Pausa, durante la que se muestra abatidísima, después, como rehaciéndose, con tranquilidad, dice:) ¿Y tienes hijos?

CAM. ¡Sí!

MARG. ¿Cuántos? (Campanón no contesta, y ella dice interrogante:) ¿Uno, dos, tres, cuatro...?

CAM. ¡Basta! (Pausa.)

MARG. (Tristemente.) ¡Sola otra vez!

CAM. Fíjate que... (¡Se espampana!)

MARG. No me queda más consuelo que terminar la vida.

CAM. (No pudiendo contener un grito de alegría, que después intenta reprimir.) ¿Sí?

MARG. ¿Tal vez habrás pensado en ello?

CAM. Sí... (Rápidamente.) Digo, no... no...

MARG. Sí, no me lo ocultes; es la única solución.

CAM. (¡Se mata, se mata!) ¡Por Dios, Margarita!

MARG. No me disuadas, es inútil; mi resolución es irrevocable.

CAM. (¡Ná, que se malogra!)

MARG. (Súbitamente.) ¿Qué muerte prefieres?

CAM. (Asustado.) ¡Eh!

MARG. ¿Que si prefieres el tósigo, las losas de la calle o el disparo certero?

CAM. Pero... ¿para quién?

MARG. Para ambos. ¿O es que tú pensabas sobrevivirme?

CAM. (¡Pues me las he liao!) (Margarita va al secreter y escribe.) (Y le está escribiendo al Juez, como si lo viera, y cualquiera se lo quita de la cabeza ahora!)

MARG. (Levantándose.) Firma.

CAM. ¿Qué es?

MARG. El adiós a la vida.

CAM. Ya me despides tú.

MARG. Como quieras. ¿Por qué medio te decides, por fin?

CAM. ¿Para qué?

MARG. Para que nos la arrebatemos.

CAM. ¿Pero es que no vas a tomar una disposición, ni vas a arreglar tus cosas?

MARG. Lo tengo todo arreglado. ¿Llevarás armas?

CAM. No. (¡Esto me salva!)

MARG. (Lanza un grito de alegría.) ¡Ah!

CAM. ¿Eh?

MARG. Aquí en mi secreter guardo un precioso Belodok. (Va al secreter y lo coge.)

CAM. ¿Pero está cargado?

MARG. Sí; tiene seis tiros. Tres para ti y tres para mí. (Acercándole el revólver.) Mira, en el fondo de ese cañón están nuestros desposorios.

CAM. ¡Cuidao, que se puede disparar!

MARG. ¿Tienes algún retrato tuyo reciente?

CAM. No; ¿pa qué lo quieres?

MARG. Para el *Heraldo* de esta noche. Publicarán nuestros bustos con el epígrafe: «Amor suicida.» «El doble suicidio de hoy.»

CAM. Pues mira, no se me había ocurrido; ahora mismo voy a hacerme seis postales. (Quiere marcharse.)

MARG. (Le detiene.) Para qué, ya te retratarán de cuerpo presente, así saldrás menos movido.

CAM. Verás, es que .. (¡Que no le veo escape!)

MARG. Dispónte, que te voy a matar y me voy a volver el arma contra mí. Tres para mí, tres para ti. (Le apunta.)

CAM. (Escondiéndose.) ¡No! Dame el arma y yo me la

volveré; pero aguarda, que para morirse siempre hay tiempo.

MARG. ¿Qué quieres?

CAM. Quiero que reflexiones; no te se olvide alguna disposición importante, que luego, cuando la quieras tomar sea tarde. Porque la vida es una cosa que se la quita uno; pero ya no te la puedes volver a poner más y tendría poca gracia que por precipitarse...

MARG. (Atajándole.) Tienes razón.

CAM. ¡Claro! (¡Respiro!)

MARG. El deseo de acabar me ha obcecado, al extremo de olvidarme de un asunto que quiero dejar terminado antes que mi corazón deje de latir.

CAM. ¡Lo estás viendo! Pues si no es por mí, te vas al otro mundo sin arreglarlo.

MARG. Mira, Campanón. Yo he sido engañada villanamente.

CAM. ¿Tú? ¡Vamos, hay gente pa tó!

MARG. ¡Yo! ¡Y no solo he sido engañada, sino que al engaño han unido el abandono y al abandono la befa y a la befa la mofa.

CAM. ¡Almas ruines!

MARG. ¡Pero no estoy sola!

CAM. ¡Claro que no!

MARG. Y antes que nos unamos en la muerte quiero que tú me hagas paladear las mieles de la venganza.

CAM. ¿Cómo?

MARG. A ese infame, a ese pérfido, nos le tenemos que llevar por delante.

CAM. ¿Pero a quién?

MARG. A uno, tu no le conoces. A Francisco Quintana.

CAM. (Aterrado.) ¿Yo a Francisco... Quintana? ¿A don Francisco, al señor Quintana, al gran criminalista?

MARG. ¡A ese mismo! ¿Le has oído nombrar?

CAM. Mucho.

MARG. Pues a ese; que no contento con abandonarme para casarse, me ha querido arrojar en brazos de un desconocido, que ha tenido el cinismo de querer seducirme en mi propia casa.

CAM. Bueno; pero tú tienes la seguridad que ese

señor trata de... vamos que quiere... que pretende, quiero decir..

MARG. Todo lo he comprobado.

CAM. Es que a veces, sabes que las malas querencias...

MARG. Es el último favor que te pido. Casi como quien dice en artículo mortis. No me lo puedes negar. Además esto para tí, curtido en el crimen, es un juego de niños.

CAM. No creas; lo mires de donde lo mires, es un homicidio y concurre la alevosía y el abuso de confianza y... Vamos, que no nos saca con bien ni el abogao bajao del cielo.

MARG. ¿Y a tí que puede importarte eso, si en cuanto perpetremos el crimen nuestros cuerpos van a caer al lado del suyo?

CAM. ¡Ay, es verdad! Ya no me acordaba.

MARG. Claro, hombre. Ahora te voy a traer ropa para que te atavíes de gran señor. Yo voy á ponerme también mis mejores galas. Le haremos una visita juntos de fingida conformidad con sus planes, y a una señal convenida, pum, pum, pum, pum, todo acabó.

CAM. Bueno; pero es que...

MARG. Para que no se aperciban los criados, yo misma te traeré la ropa. (Campanón quiere hablar.) ¡Nos une el amor y la venganza !¿Quién podrá separarnos? (Sale arrojándole un beso, segunda izquierda.)

ESCENA XVI

CAMPANÓN. En seguida QUINTANA

CAM. ¡Camará, yo creí que había fallecido doña Juana la Loca! No es ná, yo metido en un complot contra mi don Francisco de mi alma, para que yo le quite la vida, yo que soy capaz de darla por él.

QUIN. (Sale segunda derecha, y dice rápido y apremiante.) ¿Vive?

CAM. ¡Ay, don Francisco, el crimen pasional me lo ha desbaratao!

QUIN. ¡Qué alegría!

CAM. ¿Sí, eh? Pero es que además la indución al

suicidio que yo había preparao de mano maestra, la he tenío que dar de lao, porque hacía una víctima inútil, que era yo.

QUIN. ¿Tú?

CAM. Sí, yo; y después que he conseguido salvar la pelleja, ahora al que le huele la cabeza a pólvora es a usted.

QUIN. ¿A mí?

CAM. A usted. Ha dicho que morirá, pero no sin antes llevárselo a usted por delante.

QUIN. (Viendo el revólver que está sobre la mesita.) ¡Y aquí tiene un arma! (La coge.)

CAM. Con esa me ha querido desgraciar a mí.

QUIN. Pues me la llevo. No temas nada, que todas las armas de la casa las he escondido en sitio seguro. Yo me voy, es ya la hora de la petición de mano y tengo que vestirme.

CAM. Váyase usted, yo lo arreglaré. Yo no sé cómo, pero lo arreglaré.

QUIN. Sin sangre, Campanón.

CAM. Procuraré darle a usted gusto, pero no le doy palabra.

QUIN. Te espero en el baile.

CAM. Puede que vaya con la pareja.

(Sale Quintana segunda derecha.)

ESCENA XVII

CAMPANON y MARGARITA segunda izquierda

MARG. (Saliendo con varias prendas de vestir que después enumerará.) ¡Aquí tienes tus galas! (Dejando lo que trae sobre una silla.)

CAM. ¿Por qué te has molestao?

MARG. No es molestia. Te he traído traje de chaquet porque es lo que se lleva para las visitas de cumplido.

CAM. ¡Es que no te se va un detalle!

MARG. Y te lo he traído de tonos oscuros por el fin macabro a que se destina. ¿No te parece?

CAM. ¡Muy delicao!

MARG. Porque es mi deseo que al identificar nuestros cadáveres hagan constar que íbamos elegantemente vestidos.

CAM. Sí, pues a mí con esta ropa me van a identificar en seguida.

MARG. Mejor. El misterio. El secreto de la muerte, todo el mundo preguntándose, ¿qué será, que no será? Y nosotros con la mueca en nuestros labios como burlándonos. (Riéndose) ¡Ja, ja, ja! ¿No te ríes tú?

CAM. Mujer, la cosa no creo que sea para tronzarse.

MARG. Sí, Campanón, sí; ríe, ríe. Va a ser una farsa macabra, una broma sangrienta. Ya ves, tú que has nacido como un criminal vas a morir como un caballero. (Ríe nerviosamente.)

CAM. ¡Sí, sí! ¡Esto va a ser morirse de risa!

MARG. (Riéndose hasta el final de la escena.) Bueno, no hay tiempo que perder. Vístete, mientras lo haré yo. (Medio mutis.) Ahora te traeré el sombrero de copa. Estoy más alegre que nunca. ¡Campanón, ríe, ríe tú también! (Sale riéndose primera derecha.)

CAM. ¡Ja, ja, ja!... (Ríe forzadamente quedando rápidamente serio cuando desaparece Margarita.)

ESCENA XVIII

CAMPANON. MARGARITA dentro

CAM. Aquí quisiera ver a Hindemburg. ¡Camará con la señora! Y cualquiera la malogra ahora sin circunstancias que atenúen la culpabilidad. (Pausa mientras piensa.) Si se me ocurriera una de esas cosas que se me ocurren a mí, que... (Estando pensando se fija de pronto en la ropa.) Me conviene irme vistiendo para que no sospeche que maquino. (Cogiendo el chaquet en la mano.) Y que voy a estar como si me fueran a lavar los piés el día de Jueves Santo.

MARG. Sé breve en el atavío. (Desde dentro.)

CAM. Estoy en ello. (Comienza a vestirse mientras piensa. Como está preocupado se le ve que de pronto tiene una idea que luego desecha diciendo:) ¡No, esto no! (Al propio tiempo se pone el chaquet sobre el pijama quedando en mangas de camisa, y al advertirlo dice:) ¡No, esto tampoco! (Y se lo quita. Quitándose

también el pijama quedando en mangas de camisa. Sigue pensando y se queda en calzoncillos, en cuyo traje se pone en actitud de pensador.)

MARG. (Le saca de su extásis diciendo desde dentro.) ¿Te falta mucho?

CAM. Poco. (Comienza a vestirse deprisa y corriendo y de cualquier manera)

MARG. ¡Yo estoy acabando!

CAM. ¡Y yo! (En su precipitación se deja las botas desabrochadas, se abrocha cojo el chaleco y coge los guantes. Este momento depende de la inspiración del actor. Ocurriéndosele súbitamente una idea dice en alta voz.) ¡Ya está!

MARG. (Dentro, creyendo que es a ella.) Yo ahora mismo salgo.

CAM. (Hablando para sí.) Eso es lo mejor. Ella es sensible, comprenderá mi...

ESCENA XIX

CAMPANON y MARGARITA

MARG. (Saliendo elegantemente vestida) Ya estoy lista.

CAM. ¿Estoy bien?

MARG. Por Dios, esa corbata deshecha. Ven. (Se pone a hacerle el nudo.)

CAM. ¡Deja!

MARG. No faltaba más. Abróchate bien ese chaleco. La punta del pañuelo asomando. (Hace lo que va diciendo.) Se ve que no has vestido.

CAM. (Pausa.) Márgara, escucha.

MARG. Habla, que me arrullas con el susurro de tus palabras.

CAM. Márgara, yo te amo y tú me correspondes.

MARG. Somos dos seres que vivimos el uno para el otro.

CAM. Eso es, el uno para el otro. Pues bien, entre dos seres que se aman no debe existir secreto.

MARG. Ni el más leve.

CAM. Entonces... Mira, yo no vine a esta casa a enamorarte. (Lo dice rápidamente.)

MARG. (Estupefacta.) ¿No?

CAM. ¡No! Lo del amor fué una martingala: no iba más que detrás de conseguir tu despre-

cio, dar pie a mi arrebato, con mi arrebato a mi obcecación y con mi obcecación a tu muerte.

MARG. ¿Qué dices?

CAM. Se trataba sencillamente de hacer un crimen pasional con todas las de la ley.

MARG. Eso no puede ser; me embromas. ¿Y los merengues?

CAM. Una prueba de descargo pa la defensa.

MARG. ¿Y los alcahueses?

CAM. ¡Pa los juraos!

MARG. ¡Ah, infame!

CAM. Pero tengo una disculpa. Oyeme y después juzga.

MARG. ¿Para qué? ¡Te abomino!

CAM. ¡Es que yo se lo debo todo a don Francisco Quintana!

MARG. (Estupefacta.) ¿A don Francisco? ¿A Quintana? ¿A...? ¡Ah, ya! Entonces tú eres el instrumento, él te mandó.

CAM. No, fuí yo solo. Yo pinché a una, me pedían la corbata, él me defendió y salí absuelto.

MARG. ¡Ah! ¡Qué horror!

CAM. Se trataba de la felicidad suya. Tú le amenazaste con un escándalo, y como los amigos son pa las ocasiones, yo me ofrecí a quitarte de enmedio.

MARG. ¡Infame!

CAM. ¡Margara, yo soy tóo corazón, y el que no es agradecío no es bien nacido!

MARG. No pronuncies mi nombre. Vete, yo te perdono.

CAM. No, no me voy porque tú irías entonces a casa de don Francisco y desharías la boda.

MARG. ¡Tú vete y déjame!

CAM. (Amoroso.) ¡Pero si es que me has chiflao!

MARG. ¡No evoques tu cariño criminal!

CAM. ¡Si es que ahora siento que te quiero!

MARG. No, no volverás a engañarme. Te he dicho que te vayas. (Quiere pasar.)

CAM. (Impidiéndoselo.) No me voy. Ni tú tampoco. (Entra segunda derecha y vuelve al poco con una llave.)

MARG. (Aparte.) ¡Ah, qué idea, fingiré morir! (Alto.) ¡Iré! Sólo matándome podrás evitarlo.

CAM. Pero si yo no quiero que mueras.

MARG. (Con insana alegría.) Yo también sé de leyes. No en vano he estado ocho años día por día al lado del primer criminalista de España. Y tú me matarás, pero sin arrebato.

CAM. ¡Márgara!

MARG. Sin obcecación.

CAM. ¿Qué dices? (Estupefacto.)

MARG. Sin fuerza irrisistible.

CAM. ¡Tú no harás eso!

MARG. ¡Déjame pasar! (Va a salir.)

CAM. ¡Márgara, que me haces cisco el porvenir!

MARG. ¡Para que no salga tendrás que matarme! (Queriendo pasar. Campanón la sujeta y forcejean.)

CAM. ¡Mira que mis manos son de hierro y puedo hacerte daño sin querer! (Siguen forcejeando.)

MARG. Déjame paso o grito y te echan a la calle.

CAM. ¡No! Calla. (Le quiere tapar la boca)

MARG. (Aparte.) Fingiré morir y así... (Alto.) ¡Llamaré!

CAM. ¡No! (Trata de taparle la boca y forcejeando lo consigue cuando ella dice:)

MARG. Sí... ¡Ay! ¡Ay! (Cae desplomada. Pausa.)

CAM. ¡Márgara! (Aterrorizado.) ¡Margarita! (Pausa. Después la contempla y compungido dice:) ¡La he matado! (Vuelve a mirarla triste, coge unos floreros que habrá sobre un mueble y le pone uno a cada lado. Mientras Campanón va a coger los floreros, Margarita se incorpora, y al volver Campanón se desploma. Luego coge el sombrero de copa y va hacia la puerta de espaldas, sin dejar de mirar el supuesto cadáver de Margarita. Al llegar a la salida se oye en la calle un vibrante redoble de tambor que le sobrecoge comenzando a oirse poco después la gaita que le devuelve la serenidad. Triste y amorosamente dice:) ¡Y ahora que la quería de veras! (Se pone el sombrero de copa para salir y se le mete hasta las orejas. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El «bufet» en casa del doctor Rebollo, contiguo a un salón de baile que se ve al fondo profusamente iluminado. En escena una gran mesa con fiambres y dulces, etcétera, y otra con vajillas. Además de la puerta del foro, que será de medio punto, habrá otra pequeña a la derecha, por donde se supone se sale al recibimiento

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón están en escena LEA, AMALIA, REBOLLO, GRACIANO, QUINTANA, SEÑORITAS 1.ª, 2.ª, 3.ª y POLLOS 1.º, 2.º, 3.º y 4.º. CRIADOS 1.º y 2.º a un lado y otro de las mesas. Vestidos de librea y calzón corto

SEÑ. 1.ª Sí, el *fox trot.*

SEÑ. 2.ª ¡Ay, sí, sí!

SEÑ. 3.ª Es un baile muy *chic.*

POLLO 1.º Y muy *smart.*

GRAC. Bueno, bueno, se bailará.

LEA Tú eres mi pareja.

POLLO 2.º Bien que se baile, pero después quisiera que mi amigo Borrueta cantara.

LEA Desde luego.

GRAC. Ya lo creo.

POLLO 1.º Cantaré el *spirto gentil.*

POLLO 2.º Recuerda en esto al difunto Gayarre.

SEÑ. 1.ª Es cierto, yo le he oído y canta un *spirto* divino.

GRAC. Bueno, pues vamos con el *fox-trot.* (Baila.)

POLLO 2.º Ahora vamos a oir a Borrueta.

GRAC. Venga, sí. Callarse.

(Sale Pollo 1.º con el 2.º; los personajes aguardan callados cuando empieza a oirse al Pollo 1.º. La romanza se corta por los gritos de una señora que se desmaya. Entre los Pollos 3.º y 4.º la sacan a escena en una silla.)

POLLO 1.º (Dentro.) *Spirto gentil...*

SEÑORA ¡Ay! (Gritando se desmaya.)

SEÑ. 1.ª Ay, mamá. ¡Dadle agua! (Uno de los Criados la trae y la rocían la cara.)

LEA (A la señora.) Vamos, vamos. (A la señorita.) No se asuste, que no es nada.

SEÑORA ¡Ay, hija mía, me ha recordado a tu difunto padre cuando cantaba la *Favorita!*

POLLO 1.º Señora, siento...

SEÑORA De usted no es la culpa; la canta usted muy bien. Pero me ha hecho el efecto como si mi esposo cantara desde su tumba.

POLLO 1.º Señora, lo que yo canto no es nada del otro mundo.

POLLO 3.º Ya la cantarás después, cuando se haya ido esta señora.

SEÑ. 1.ª Si se te ha pasado ya, vamos al salón.

SEÑORA Sí, ya estoy bien, ya estoy bien. (Vanse con los demás personajes hacia el salón.)

POLLO 1.º Qué lástima. Yo que había cogido la nota en un solo aliento. (Mutis salón.)

LEA ¡Ay, Graciano, cuándo celebraremos una fiesta de petición de mano como ésta!

GRAC. Antes de lo que tú te figuras. Lo que tiene, que como tu padre no quiere que nos casemos hasta que yo me vea en el pináculo...

LEA ¡Ay, cuándo te verás!

GRAC. ¡En cuanto que haya un crimen que merezca la pena!

LEA ¿Qué dices?

GRAC. ¡Tú pídeselo a Dios!

LEA Pero hijo mío, ¿cómo quieres que yo le pida a Dios una cosa así?

GRAC. ¡Tú pídeselo, que la cosa es la intención! (Mutis foro derecha.)

ESCENA II

QUINTANA. Después AMALIA

QUIN. (Sale sin hablar; se le ve preocupado; va de arriba abajo, nervioso; por fin saca su reloj y lo mira.) ¡Hace más de una hora que dejé a Campanón! ¿Qué habrá hecho? ¿Habrá sacrificado a la pobre Margarita? ¿Ella habrá conseguido salir y vendrá aquí a destruir esta felicidad? (Asomándose a la puerta del foro.) ¡Mi novia! (Se hace el distraído y yendo al bufet empieza a comer unos dulces para disimular.)

AMALIA (Saliendo, como buscando.) ¿Paco?

QUIN. ¿Eh? (Fingiendo sorpresa.) ¿Eres tú?

AMALIA Ay, hijo; no haces más que desaparecer de de mi lado.

QUIN. Es que tenía debilidad. ¿Quieres un *sandiwch?*

AMALIA No. Es que pareces preocupado... Pálido...

QUIN. ¿Quieres té?

AMALIA (Cogiéndole las manos.) ¡Estás frío!

QUIN. ¡Helado!

AMALIA No quiero nada, sino verte más contento.

QUIN. Nunca he estado más alegre. (Con risa forzada.)

AMALIA ¡Qué fecha más inolvidable la de hoy, Paco!

QUIN. Yo te aseguro que no se me olvidará mientras viva.

AMALIA ¿Has visto mis regalos?

QUIN. No. A casa me han enviado algunos de verdadero valor artístico.

AMALIA Anda; ahora vámonos al salón; no quiero que nos separemos en toda la tarde.

QUIN. Es también mi más ferviente deseo. Anda, pasa tú delante. (Antes de salir, Quintana mira a un lado y a otro.)

ESCENA III

CRIADOS 1.° y 2.°

CRIADO 1.° (Después de una pausa.) Oye, Venancio, tú que has salido esta mañana, ¿has visto el cartel de las películas en la Flor?

CRIADO 2.º Podía no verle; hay unos cartelones de esquina a esquina.

CRIADO 1.º (Con gran interés.) ¿Y qué anunciaban, qué anunciaban?

CRIADO 2.º Pues uno decía: «La cabeza cortada en cuatro partes, Pathé. Exclusiva de esta empresa.» Y luego, abajo: «La cabeza cortada no se hará más que en dos partes.»

CRIADO 1.º ¿Pero en qué quedamos?

CRIADO 2.º Déjame acabar, hombre. Gran Teatro y Cinema X.

CRIADO 1.º ¡Ah, ya!

ESCENA IV

DICHOS, CAMPANÓN y CRIADO 3.º

CRIADO 3.º (Sale tras Campanón, que entra deprisa sin hacerle caso, reclamándole el sombrero, que ha de dejar en la antesala.) ¡Señor! (Respetuosamente y siguiéndole mientras Campanón va de un lado a otro.) ¡Señor! ¿Me hace el favor el señor?... ¿El señor tiene la amabilidad?

CAM. (Siempre sin hacer caso, yendo de un lado a otro.) ¿Eh?

CRIADO 3.º ¡Señor, el sombrero!

CAM. ¡Ah, sí! (Cuando ha dado esta prenda, vuelve a ir de un lado pa a otro, mirando y remirando. El Criado se queda cuadrado como esperando órdenes, sin decir nada. Campanón le observa por fin y le dice:) ¿Pero es que me tengo que quitar algo más?

CRIADO 3.º No, es que... ¡El señor dirá a quién anuncio!

CAM. (Sorprendido.) ¿A quién anuncias?

CRIADO 3.º ¡Sí, señor!

CAM. (¿A quién diría yo?) ¿Tú eres el anunciante?

CRIADO 3.º ¡Para servirle! (Pausa, durante la cual no sabe qué decir Campanón. El Criado dice de pronto.) ¿El señor estará invitado?

CAM. (Rápidamente.) Sí, estoy invitado.

CRIADO 3.º Entonces el señor tendrá la amabilidad de darme la invitación.

CAM. No, no estoy invitado.

CRIADO 3.º Ah, vamos; el señor es íntimo de la familia tal vez.

CAM. Eso es, hombre, eso es.

CRIADO 3.º Entonces avisaré a la señora. (Medio mutis)

CAM. (Rápido.) No, a la señora no. Quiero darles una sorpresa...

CRIADO 3.º Como disponga el señor.

CAM. ¡Tú no digas nada!

CRIADO 3.º (Al salir después de saludar.) (¡Es particular!)

ESCENA V

DICHOS menos CRIADO 3.º

CAM. ¡Vaya un criadito sabiendo su obligación, camará! ¡Y por dónde andará don Francisco! (Mira nuevamente por un lado y por otro, hasta que sin fijarse en los Criados se acerca al bufet.)

CRIADO 1.º (Con gran solicitud.) ¿*Sandwich*, helado?

CRIADO 2.º ¿Té?

CAM. (Sorprendido.) ¿Eh? (Dándose cuenta.) ¡Ah!... ¡Tila! Digo té; sí, eso es (Le sirven una taza de té que coge en la mano.)

CRIADO 1.º (Con un azucarero y unas pinzas en la mano, siempre exageradamente solícito.) ¿El señor es goloso?

CAM. ¡Y a usted qué le importa!

CRIADO 1.º Disimule el señor, lo preguntaba por el azúcar que había de echarle en el té.

CAM. (¡Plancha!) ¡Ah! Sí, regular. (¡Estoy en ascuas!... ¡Si pudiera avisar a don Francisco! (Bebiendo el té.) ¡Ay, Dios mío, qué tragos! (Bebiendo nuevamente) ¡Qué tragos! ¡Y aquí estoy vendido! Me parece que todo el mundo me va a conocer en la cara que acabo de cometer un crimen! ¡Y además, queriéndola!...) ¡Qué amargo es esto! (Dirigiéndose al Criado 1.º.)

CRIADO 1.º (Sin dejarle hablar.) ¿Más azúcar?

CAM. (Deja la taza.) No, no es eso.

CRIADO 1.º ¿Pastas, sin duda?

CAM. ¡No, hombre, no! Vamos a ver, ¿usted conoce a don Francisco Quintana?

CRIADO 1.º ¿Al gran criminalista?

CAM. Eso es. Bueno, pues es necesario que sin que se entere nadie le diga que aquí le espera un amigo suyo.

CRIADO 1.º Bien, señor. (Hace mutis.)

ESCENA VI

DICHOS menos el CRIADO 1.º. En seguida POLLO 2.º

CAM. (Demostrando una gran intranquilidad.) ¡Estoy deseando decírselo para que esté tranquilo! Y en seguida que se lo diga con todos los detalles, me presento a las autoridades. (Mirando por un lado y otro.) ¡Estoy en ascuas! Estoy..,

POLLO 2.º (Sale por el foro, dirigiéndose a la puerta pequeña y viendo a Campanón de espaldas, le dice cogiéndole de los hombros.) ¡Ah, ladrón, granuja, sinvergüenza, ya te cogí!

CAM. (Da un salto, asustado y se vuelve.) ¿Eh?

SUAR. (Al ver a Campanón.) ¡Ay, usted perdone, pero de espaldas es usted Rodríguez clavado!

CAM. (Temblando aún.) Sí puede ser, pero...

SUAR. Le repito el perdón y beso a usted la mano. (Sale.)

CAM. ¡Usted siga bien! ¡Menudo susto me ha dao! ¡Vaya un fisonomista!

ESCENA VII

CAMPANON, CRIADO 1.º, y 2.º, QUINTANA

QUIN. (Al Criado 1.º) Dices que un señor...

CRIADO 1.º Sí, aquél. (Indica a Campanón, que ha quedado viendo marchar a Suárez.)

QUIN. (Yendo hacia Campanón. El Criado 1.º va a colocarse donde estaba antes.) No sé... Ca...
(En este momento se vuelve Campanón.)

CAM ¡Don Francisco! (Emocionado.)

QUIN. (Con gran ansiedad, queriendo interrogarle, pero sin hacerlo claramente, porque no oigan los Criados.) ¿Qué... qué... hay... qué cuentas?

CAM. ¡Pues nada, nada de particular! (Haciéndole señas de que están allí los Criados.) ¡Puede usted estar tranquilo!

QUIN. ¿Pero tú, usted así? (Por la ropa. Campanón le hace señas de que hay que echar a los Criados.)

CAM. ¡Ha visto usted qué día!

QUIN. (Haciéndole señas también.) El más frío del in-

vierno. (De pronto a los Criados 1.° y 2.°.) Oid, muchachos.

CRIADOS (A un tiempo, acercándose.) ¡Señor!

QUIN. (Dudoso.) ¿Os habeis fijado en el piano que hay en el salón? (Campanón sigue lo que dice Quintana con gran atención.) Aquél piano que tiene la...

CRIADO 1.° Sí, señor; el de cola.

QUIN. Eso es; pues allí... (Sin saber qué decir.)

CAM. (Ayudándole.) Allí no pega.

QUIN. (Cogiendo la idea como salvadora.) Justamente... En fin, que es necesario que entre los dos lo traslladeis.

CRIADO 2.° ¿Al otro testero?

QUIN. Eso es. Allí tiene más sitio y luce y sonará mejor, y... ¡Andad, andad y trasladarlo! (Salen los dos Criados.)

ESCENA VIII

QUINTANA y CAMPANÓN

QUIN. (Una vez que ha visto desaparecer a los Criados.) ¡Habla, dime pronto! ¿Me has dicho que puedo estar tranquilo?

CAM. Sí, señor. (Después de mirar a un lado y otro.) ¡La he desgraciao!

QUIN. (Aterrado.) ¡Campanón!

CAM. Es mi regalo de boda.

CAM. ¡Campanón, por Dios! ¡Es tremendo! ¿Y cómo ha sido?

CÁM. ¡Malamente, don Francisco, malamente! Pero sosiéguese usted y...

QUIN. Pero cuéntame detalles, dime.

ESCENA IX

DICHCS y CRIADOS 1.° y 2.°

CAM. (Al ver entrar a los Criados impone silencio.) ¡Chist!

CRIADO 1.° Señor, no nos dejan mover el piano.

QUIN. ¿Cómo?

CRIADO 2.° Dicen que allí está perfectamente.

QUIN. ¡Qué saben! Volved y decid que he dicho yo que allí se desafina.

CRIADO 1.º Le advierto a usted que...

QUIN. ¡He dicho que vayais!

CAM. No desobedecer al señor.

CRIADO 1.º Bien. Vamos, Venancio.
(Hacen mutis los Criados.)

ESCENA X

CAMPANÓN, QUINTANA y POLLO 1.º

QUIN. (Cuando ha visto marchar a los Criados nuevamente.) Dime, ¿qué circunstancias han concurrido? ¿Cómo la has matado?

POLLO 1.º (Pasando dice.) La pareja le anda buscando a usted. (Sale.)

QUIN.
CAM. } (Aterrorizados.) ¡Eh!

QUIN. (A Campanón.) Eso debe haberlo dicho por ti.

ESCENA XI

CAMPANÓN, QUINTANA, AMALIA, CRIADO 1.º y CRIADO 2.º

AMALIA (Saliendo, a Quintana.) ¡Hijo, te estoy buscando para bailar y no te encuentro!

QUIN. (Disimulando.) ¡Pues aquí estoy!

AMALIA Oye, ¿qué empeño es ese de mover el piano de su sitio?

QUIN. Mujer, por la sonoridad, la humedad, pero qué más da.

AMALIA Papá se ha opuesto terminantemente. Bueno, qué, ¿no bailamos? (Los Criados al entrar se fueron a sus sitios. Amalia ve a Campanón.) ¡Ah! ¡Señor! (Saludando.)

CAM. Beso a usted la... los...

QUIN. (Atajándole le presenta.) Un amigo mío.

CAM. ¡Diga usted mejor un hermano!

QUIN. Sí, casi un hermano.

AMALIA ¡Mucho gusto!

CAM. ¡No hay de qué! Mire usted, yo pinché a...

AMALIA ¿Eh?

QUIN. (Echándose encima.) Nada, que viene a felicitarme; a felicitarnos.

AMALIA ¡Ah! Muy bien, muchas gracias. Pues vengan ustedes al salón. (Medio mutis.)

QUIN. (Rápidamente.) No, al salón, no. ¿Verdad? (A Campanón.)

CAM. No, se estima, pero yo...

AMALIA ¿Cómo, no baila usted?

QUIN. (Sin dejar contestar a Campanón.) ¡No! Está de luto.

AMALIA ¿Alguna muerte reciente?

QUIN. ¡Recientísima!

AMALIA Si es así acompaño a usted en su dolor y le agradezco doblemente la atención. (Campanón no sabe qué decir.)

QUIN. ¡La emoción le impide hablar!

AMALIA Entonces les dejo. No puedo abandonar a mis invitados. Ya sabe que con permiso de mis papás esta es su casa. (A Campanón.)

CAM. Agradecidísimo. (Le da la mano.) Ya, ya lo sabe don Francisco, sin él...

QUIN. Sigue la emoción sin dejarle.

AMALIA ¡Respeto su pena! (Medio mutis.) Paco, no olvide que quiero que bailemos este vals. (Hace mutis.)

ESCENA XII

CAMPANÓN, QUINTANA, CRIADOS 1.° y 2.°

QUIN. (¡El crimen! ¡El vals! Pues sí que es una situación para ponerle música.)

CAM. ¡Don Francisco, yo me voy!

QUIN. No, aguarda. Necesito que me cuentes..

CAM. Pues véngase usted conmigo y hablamos.

QUIN. Ahora no puedo marcharme de aquí y es urgente que yo sepa...

CAM. Pero si... (Indicando a los Criados.)

QUIN. ¡Es verdad! (Pausa y luego de súbito.) Pero... (Ah, qué idea!)

CAM. ¿Qué?

QUIN. (A Campanón.) Cuéntamelo como si fuera una película.

CAM. ¡Bueno! (Alzando la voz para que lo oigan los Criados.) ¡Pues he visto ayer una película!

QUIN. Buena, ¿eh?

CAM. ¡Magnífica!

CRIADO 1.º ¿Oyes, Venancio? (Al Criado 2.º)

CAM. Usted la primera darte ya la conoce.

CRIADO 1.º ¡Qué lástima, no la cuenta entera! (Interesadísimo.)

QUIN. Sí, cuéntame desde la segunda.

CAM. Pues usted sabe que la primera parte termina cuando le dice a él que juntos tién que matar a su amante.

QUIN. Sí, ¿y luego qué pasa? (Con gran interés.)

CAM. Pues él viéndose perdido y mientras ella le hace que se vista con las ropas del amante, empieza a pensar y se le ocurre contarle toda la verdad.

QUIN. ¿Le dice que fué a asesinarla?

CAM. Se lo dice y además que a aquél hombre le debe la vida y no puede quitársela.

QUIN. ¿Y entonces ella?

CAM. Entonces se indigna, cree que el amante es su asesino moral y quiere echarme.

QUIN. ¿Echarte?

CAM. ¡Echarle! Yo...

QUIN. ¿Tú?

CAM. El trata de convencerla de que la quiere de veras y ella le dice entonces: «Tú querías hacer un crimen, pues lo vas a hacer, pero sin arrebato...»

QUIN. ¿Sí? (Aterrado.)

CAM. Sin obcecación.

QUIN. ¡Oh!

CAM. Sin fuerza irresistible.

QUIN. ¡Ah!

CRIADO 1.º (Que le escucha con interés vivísimo.) ¡Es preciosa!...

CAM. Ella quiere entonces salir, él la sujeta para que no salga, forcejean y...

QUIN. ¿Y la mata?

CAM. Con todas las circunstancias agravantes de culpabilidad.

QUIN. ¡Qué horror! (Pausa.)

CRIADO 1.º (Conmovidísimo.) Oiga, señor y perdone. ¿Esa película la tendrán en exclusiva el Gran Teatro y el Cinema X, verdad?

CAM. ¡No lo sé!

ESCENA XIII

DICHOS y AMALIA

AMALIA (Saliendo.) Paco... (Viendo a Campanón.) ¡Ah! ¿Aún te acompaña este caballero?

QUIN. Sí, ahora mismo le estaba instando a que se quedara y él empeñado en marcharse.

AMALIA Debía usted pasar al salón y bailar. La pena se lleva en el corazón.

QUIN. Es que no sabe.

AMALIA Eso no importa. Le lleva la pareja.

CAM. ¿Eh? No, gracias, muchas gracias,

QUIN. No insistas, Amalia.

AMALIA No, no, me gusta respetar el dolor ajeno.

CAM. ¡Igualmente! (Comienza a oirse el vals.)

AMALIA Ahora tendrá usted que dispensar a Paco porque me tiene prometido este vals.

CAM. ¡Que baile, que baile! Que ustedes se diviertan.

QUIN. ¡Gracias!

AMALIA ¡Vamos!

(Se enlazan y empiezan a bailar. Desaparecen bailando.)

ESCENA XIV

CAMPANÓN, en seguida CRIADO 3.° primera derecha

CAM. ¡Va a terminar con el baile de San Vito! (Se queda mirando hacia la puerta como alucinado.)

CRIADO 3.° (A los Criados 1.° y 2.°) Ha dicho la señora que vengais al recibimiento para cuando haya que dar los abrigos.

(Salen los tres Criados primera derecha.)

ESCENA XV

CAMPANÓN; después MARGARITA; al final QUINTANA y AMALIA que pasan bailando

CAM. (Habla alucinado, pausadamente y como si fuera un recitado sobre la música del vals.) ¡Era frescota!... ¡Tenía ángel en la cara!... ¡Estaba por mí!...

(Pausa.) ¡Parece que la estoy viendo!... ¡Pasional!... Con su mechón sobre la frente.... ¡Al crayón no la vería tan acabada y... ¡se acabó!... ¡Margarita! Márgara...

MARG. (Entrando primera derecha.) (¡Todo llega!)

CAM. (Viéndola ante sí y creyéndola una aparición.) ¡Oh, sí, te veo, te veo!

MARG. ¡Quiere usted no jugar más al te veo, so sinvergüenza!

CAM. (Frotandose los ojos.) ¿Cómo? ¿Pero eres tú?

MARG. ¡Sí, yo soy, yo soy!

CAM. ¿De carne y hueso?

MARG. ¡Sí, hombre, sí, y que vengo a hablar con esa tierna víctima a quien pretende engañar ese canalla!

CAM. ¿Qué dices? ¿Entonces no te maté? ¡Vives! (Con alegría.)

MARG. Sí, para destruir esa felicidad que queríais disfrutar a costa de mi muerte.

CAM. ¡Ay, Margarita!

MARG. ¡Déjame pasar!

CAM. No, eso no, serénate, no pases, todo puede arreglarse.

MARG. Por nada retrocederé. (Forcejean los dos en forma que llegan a agarrarse como si fueran á bailar, haciendo movimientos parecidos a los del baile al querer vencerse mutuamente.) ¡Déjame, déjame!

CAM. (Forcejeando.) ¡No!

AMALIA (Pasa en aquél momento por el foro y dice al ver el grupo que forman Campanón y Margarita.) ¡Vamos, al fin se ha decidido usted a bailar!

CAM. ¡Nos han visto! ¡Hay que disimular! Bailemos.

MARG. No, no. (Resistiéndose.)

(Campanón violentamente se la lleva a bailar.)

ESCENA XVI

QUINTANA; después CAMPANÓN y MARGARITA

La escena permanece sola un instante y después sale aterrorizado Quintana foro derecha

QUIN. ¡Dios mío! ¡He visto a la muerta bailando! ¡Debe ser el remordimiento que extravía mi razón!

CAM. (Sale trayendo materialmente a la fuerza a Margarita por segunda derecha.) ¡Esto no es un vals; es la danza de apaches!

QUIN. (Viéndolos.) ¡Dios mío, vuelve a repetirse la macabra aparición!

MARG. (Viendo a Quintana.) ¡Ah, el canalla! (A Campanón.) ¡Suéltame!

CAM. ¡No!

QUIN. ¿Pero esto es sueño o realidad!

CAM. (Al que Margarita da una tremenda bofetada.) ¡Es realidad, don Francisco!

MARG. ¡Me quisistéis hacer desaparecer!

QUIN. ¡Yo no, mujer!

MARG. ¡Sí, ese fué a matarme por encargo tuyo!

QUIN. ¡Te digo que no! Habla bajo.

MARG. Pero no pudisteis y aquí estoy para vengarme.

QUIN. Pero mujer, mira...

MARG. ¡Para destruir esa boda!

QUIN. ¡Calla!

CAM. ¡Calle usted!

MARG. No callaré. La venganza es muy dulce.

ESCENA XVII

MARGARITA, QUINTANA, CAMPANÓN y GRACIANO que sale foro.

GRAC. (Al ver a Margarita.) ¿Cómo, señora? ¿Usted por aquí?

QUIN. (¡Abrete tierra!)

GRAC. ¿Tambien ha sido usted invitada a esta fiesta de petición de mano de mi hermana?

MARG. No, señor, he venido pero sin estar invitada.

GRAC. ¡Pues no sabe usted lo que me alegro! (Qué feliz circunstancia; ahora me hago con el asunto.) (A Margarita.) Señora, tengo el gusto de pedirle a usted este vals.

MARG. Gustosísima. (Hace movimiento de ir hacia Graciano.)

QUIN. (Rápido.) ¡No, eso no!

GRAC. ¿Es que se lo tenía usted prometido a alguno de estos señores?

QUIN. Sí, a mí y luego a éste, (Por Campanón.) y luego...

GRAC. ¡Nada más que un par de vueltas!

MARG. Ahora bailo con el señor y el primer baile para ustedes.

QUIN. ¡Margarita! (Rectificando.) ¡Doña Margarita!

CAM. (A Margarita.) ¡Hágalo usted por mí!

MARG. Es inútil, se enterará todo el mundo. ¡Pero todo el mundo! (A grandes voces.) ¡Quiero que me oigan!

QUIN ¡Por Dios! (¡La ruina!)

ESCENA XVIII

DICHOS, AMALIA, LEA, SEÑORITAS 1.ª y 2.ª, POLLOS 1.º y 2.º, CRIADOS 1.º, 2.º, 3.º y 4.º, SEÑORAS, SEÑORITAS, POLLOS.

Cesa a las voces el vals y entran en escena todos los personajes, precedidos de Amalia.

MARG. (Indicando a Quintana.) ¡Ese hombre es un canalla y ha querido asesinarme!

AMALIA ¿Cómo? ¿Qué dice?

MARG. Sí, señora; ese, ese; su novio de usted.

QUIN. (Sin saber qué decir.) ¡No la hagas caso!

MARG. ¡Tenía relaciones conmigo hace ocho años!

AMALIA ¡Por Dios, Paco! ¿qué dice esta mujer? ¡Responde a esos cargos!

QUIN. (¡Estoy perdido!)

AMALIA ¡Recházalos!

MARG. ¡Cómo ha de rechazarlos, si son ciertos!

QUIN. ¡Amalia, no la hagas caso! ¡Es una demente, una alienada; está loca!

AMALIA ¡Oh, sí! Pobre. Voy a llamar a papá; él es especialista de estas enfermedades y le dará un calmante. (Hace mutis.)

ESCENA XIX

DICHOS, menos AMALIA

QUIN. (¡Esto es peor!)

GRAC. ¡Cálmese usted, señora!

MARG. En cuanto me den palabra que esta boda se ha deshecho, me voy tranquila. ¡Es mi venganza!

SEÑ. 1.ª ¡Sí, sí!

ESCENA XX

DICHOS, AMALIA y el DOCTOR REBOLLO

AMALIA (Saliendo.) ¡Aquí viene papá!
QUIN. (¡El acabose!)
DOCTOR (Saliendo.) ¿Dónde está la paciente?
MARG. (Airada.) ¡Qué paciente, ni qué!... (Al ver a Rebollo queda callada.)
DOCTOR (Aparte al verla.) (¡Margarita!)
MARG. (Aparte.) (¡Rebollo!) (Pausa, mientras se miran sin saber qué decir.)
GRAC. ¡La ha dominado con la mirada!
QUIN. (Aparte.) ¡Qué pasará, Dios mío!)
MARG. (¡Paco aquí y el Doctor! Esto le podía servir de pretexto. Me fingiré loca.) ¡Ese hombre tiene la culpa de todo!
DOCTOR (Doctoralmente.) ¡Calma! ¡Una silla! (Se la dan y sienta a Margarita.) ¿Qué vino usted a hacer aquí? (Aparte a Margarita. Alto.) ¡Creo que la reduciré!
MARG. (¡Qué tío con más poca vergüenza!)
DOCTOR (Siempre en tono doctoral.) Es un caso típico, señores. La bóveda craneana nos lo dice, el occipital desviado nos lo indica, el frontal deprimido nos lo dá a conocer.
CAM. (Con pena. Aparte.) ¡Pobrecita de mi alma!
POLLO 1.º (A Graciano.) ¡Qué ciencia!
POLLO 2.º ¡Es un pozo!
AMALIA ¿Y tú crees, papá, que esto tendrá complicaciones?
DOCTOR Si se la llevan ahora mismo a mi casa de salud y la recluyen, no. ¡Pero no hay que dejarla!
QUIN. ¡Muy bien!
CAM. (Y se la llevan.)
DOCTOR (A Quintana.) ¿Comprende usted? El reposo, la soledad, el aislamiento... ¿Eh?
QUIN. De acuerdo. Que se la lleven cuanto antes.
CAM. (Y no la voy a ver más.)
MARG. (Aparte.) ¡Ah, granuja!
DOCTOR En mi mismo coche, que estaba abajo preparado para las señoras, pueden trasladarla.

(A Margarita.) Mañana iré yo por allí, ¿entiende?

MARG. Sí, señor, sí.

AMALIA ¡Que usted se mejore!

SEÑ. 1.ª ¡Pobrecilla!

POLLO 1.º ¡Lleva la mirada extraviada!

(Los criados la cogen cada uno de un brazo. Graciano va con ellos.)

MARG. (Mientras sale por la primera derecha.) ¡Ya me llegará la mía!

ESCENA XXI

DICHOS, menos MARGARITA

CAM. (Que desde los apartes que anteceden duda si hablar, dice de pronto al Doctor Rebollo.) ¡Dotor! ¿Quiere usted que yo la acompañe?

DOCTOR ¿Cómo? Encantado... ¿Quién mejor? Y muchas gracias, hombre.

CAM. No hay de qué, señor. Ya sabe usted que en lo que yo pueda...

DOCTOR Nada, nada. Ande y que Dios le premie esta buena acción. (A los demás.) Bien, siga la fiesta.

AMALIA Sí, vamos, señores, que va a cantar Borrueta.

TODOS Pues vamos, vamos. (Van saliendo todos.)

ESCENA ULTIMA

CAMPANÓN, QUINTANA y la voz de BORRUETA, dentro.

QUIN. (A Campanón.) ¿Pero la llevas a la casa de locos?

CAM. (Misteriosamente.) Es que se me acaba de ocurrir una cosa pa que todo se resuelva radicalmente. Me había propuesto morir célibe; pero como los amigos son pa las ocasiones, me uniré con ella en indisoluble lazo y así se la quito a usted de encima pa siempre.

QUIN. (Con alegría.) Es una gran idea, Campanón.

CAM. Yo le dije a usted que me la llevaba por delante y cumplo mi palabra.

Q :N. ¡Me salvas, me salvas!

(AM. ¡Si no fuera por mí! ¡Si no fuera por mí!

QUIN. Vete, Campanón, y gracias.

CAM ¡Adios, don Francisco! Me caso por usted, y lo haría en segundas nupcias si fuera necesario. Yo soy así: ¡todo corazón!... y lo mío: el que no es agradecío, no es bien nacío, y .. (Se oye cantar a Borrueta.)

QUIN. (Imponiéndole silencio.) ¡Chits! Adiós.

(Durante unos compases de la romanza, abraza Campanón a Quintana efusivamente, haciendo un mutis dramático, después de enjugarse una lágrima con la manga. Telón.)

FIN DE LA OBRA

El fox-trot que se baila en el tercer acto, es original del maestro Federico Moreno Torroba y se halla de venta en casa de Dotesio, Carrera de San Jerónimo, 34.

Obras de Antonio Plañiol

La mujer de Cartón, humorada en un acto, en colaboración con Antonio F. Lepina, música de los maestros Barrera y Quislant. (Teatro de la Zarzuela.)

Hilvanes, entremés, en colaboración con Antonio F. Lepina. (Teatro de la Princesa.)

La fea del ole, sainete en un acto en colaboración con Antonio F. Lepina, música del maestro Lleó. (Teatro Cómico.)

Don Gregorio el Emplazado, inocentada, en colaboración con Antonio F. Lepina. (Teatro de la Princesa.)

Chiquita y bonita, entremés, en colaboración con Antonio F. Lepina, música del maestro Losada. (Coliseo del Noviciado.)

Los cuatro trapos, sainete, en colaboración con Antonio Fernández Lepina, música de los maestros Foglietti y Escobar. (Gran Teatro.)

Suspiros de fraile, opereta bufa, en colaboración con Antonio F. Lepina, música de los maestros Quislant y Carbonell. (Teatro Martín.)

El mantón de la China, sainete, en colaboración con Antonio F. Lepina, música del maestro Torregrosa. (Teatro Cómico.)

La corte de los milagros, zarzuela, en colaboración con Antonio F. Lepina, música del maestro Foglietti. (Teatro Martín.)

Los envidiosos, zarzuela, en colaboración con Antonio F. Lepina, música del maestro Foglietti. (Teatro de la Zarzuela.)

La señora Barba-Azul, humorada, en colaboración con Antonio F. Lepina, música de los maestros Quislant y Escobar. (Teatro Martín.) (Segunda edición.)

La loca fortuna, humorada, en colaboración con Antonio Fernández Lepina, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)

Pathé, Freres, apropósito para varietés, en colaboración con Antonio F. Lepina, música del maestro Padilla. (Príncipe Alfonso.)

El jipijapa, juguete cómico en un prólogo y tres actos, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa, en colaboración con Antonio F. Lepina. (Teatro Martín.)

La vocación de Pepito, juguete cómico en tres actos, adaptación de «Jean III o L'irresistible vocation du fils du Monducet», de Sacha Guitry, en colaboración con Antonio Fernández Lepina. (Teatro Cervantes.)

El nuevo testamento, juguete cómico, en colaboración con Antonio F. Lepina, música del maestro Calleja. (Teatro de Apolo.)

El caballo de Espartero, juguete cómico en dos actos, divididos en cinco cuadros y varias películas, adaptación de un vodevil francés, en colaboración con Antonio F. Lepina. (Teatro Infanta Isabel.)

El servicio doméstico, juguete cómico en dos actos, escrito sobre episodios de «Le truc d'Arthur», de Chivot y Durut, en colaboración con Antonio F. Lepina. (Teatro Lara.)

Las sagradas bayaderas, humorada, en colaboración con Antonio F. Lepina, música de los maestros Quislant y Vela. (Teatro Martín.)

Los chicos de la Calle, juguete cómico en tres actos, en colaboración con Enrique García Alvarez y Antonio F. Lepina. (Teatro Español.)

La Maja de los Madriles, humorada, en colaboración con Antonio F. Lepina, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)

La luna nueva, opereta en tres actos, música del maestro F. Moreno Torroba. (Teatro de la Zarzuela.)

Todo corazón, juguete cómico en tres actos. (Teatro Cervantes.)



Precio: DOS pesetas